

ENRIQUE AMORIM

LOS PAJAROS Y LOS HOMBRES

GALERIA
LIBERTAD

Enrique Amorim

LOS PAJAROS
y
LOS HOMBRES

**EL MAYORAL - VAQUEROS DE
LA CORDILLERA**



GALERIA LIBERTAD

18 de Julio 968 — Montevideo

ANO
P

Una de las indiscutibles características de la obra de ENRIQUE AMORIM es la constante observación de la naturaleza. Allí donde el aguce la mirada de escritor hay términos cabales de preocupación por el mundo físico que le rodea. En sus novelas no falta jamás la penetración en el paisaje y en la naturaleza circundante. De ahí que LOS PAJAROS Y LOS HOMBRES sea libro representativo en la órbita de las narraciones y cuentos que lleva escritos. Algunos de ellos aparecieron en los Suplementos de "La Prensa" y "Clarín" de Buenos Aires, donde tuvieron lectores entusiastas. Recopilados en libro para GALERIA LIBERTAD, los reúne en el presente volumen y agrega dos significativos relatos de Amorim —"Vaquero de la Cordillera", de fuerte acción, reservado para una película, y "El Mayoral", de entonación nacional retrospectiva—, aparecidos en "La Prensa" de Buenos Aires.

GALERIA LIBERTAD se complace en presentar esta antología de la devoción ornitológica de ENRIQUE AMORIM, en la seguridad de contribuir al desarrollo de la literatura nacional en forma ascendente.

Enrique Amorín

LOS PAJAROS

y

LOS HOMBRES

**EL MAYORAL - VAQUEROS DE
LA CORDILLERA**



G A L E R I A L I B E R T A D

18 de Julio 968 — Montevideo

LOS PÁJAROS Y LOS HOMBRES

PALOMAS

¡ Cuidando la compostura del rodete, Inocencia atraviesa la quinta, cruza el parral sarmen-
toso, con tantos nudos como años cuenta la
enlutada mujer. Alzándose un poquito la falda,
recogida por delante, Inocencia va tres veces al
día hasta el palomar, rígido el cuerpo, el paso
corto, la mirada firme. En un extremo del pa-
rral —la insistencia de los años va disminuyen-
do el espacio entre los arcos— se atornilla en
la tierra la caja sonora del palomar mediante
el pivote de un herrumbroso riel de tranvía.

En el huerto de la solterona Inocencia, el
palomar parece una colmena zumbadora.

Cuatro o cinco palomas acompañan a la
mujer por encima del parral, desde el extremo
empotrado en el vetusto muro de la casa. Mien-
tras anda, agita la dorada ración de maíz que
abulta en su cintura, en un doblez del delantal.

Las palomas hacen sonar el abanico de sus
alas como si estuvieran hechas de flexible y re-

seca madera. Por el aire de la mañana silba el afán de las palomas. El invierno implacable no ha perdonado la gracia de una sola hoja. Contra el cielo plomizo, los sarmientos se retuercen con la lujuria vegetal. Al través de las ramas se puede ver volar a las palomas fieles, con dificultad, como si se enredasen en el dibujo obscuro de los sarmientos, que trepan más allá de los hierros, en el aire frío.

Inocencia envejecía con rumor de palomas. Oía el zumbido del vuelo, pero nunca levantaba la cabeza. No podía, porque las ballenitas del cuello de tul no se lo permitían. Gozaba oyendo el rumor y sabía cuándo eran tres, o cuatro, o cinco... o más, las que revoloteaban sobre su cabeza. La estatura de su alma no ascendía más alto que el vuelo de unas palomas hambrientas.

Inocencia amaba a los niños, pero el vecindario suspicaz creía lo contrario. No besaba las cabezas infantiles porque no podía inclinarse sobre ellas. Peligraba su rodete, el orgulloso y opulento rodete de la mujer virtuosa. Mantenerlo en aquel cetro de la cabellera fué su anhelo, donde fincaba el orden de sus costumbres. Si se inclinaba un poco, lo sentía volcarse hacia adelante. Y las ballenas del corsé y del cuello le aconsejaban una prudente rigidez. Bien valía la pena aguantar unos años más hasta el fin, con el pequeño monarca en su trono... Los niños podían vivir sin sus besos, como vivían las pa-

lomas sin necesidad de que ella aprobase sus acrobacias ejercidas por encima de la parra.

Era cosa inaudita, y hermosa, verla arrojar el maíz al sendero. Le brotaban de la cintura diez manos generosas derramando puñados de granos. De aquella negra figura salía el maíz más rojo que imaginarse pueda. Rígida, vertical como un tronco, parecía manar maíz. Una muñeca con una puñalada en el vientre...

Y rodeada de palomas —y de algunas gallinas, que no contaban—, Inocencia permanecía absorta, pestañeando apenas. El delantal caído hasta las rodillas, los brazos a lo largo del cuerpo, la pañoleta negra sobre los hombros acentuando la curvatura de la espalda. Giraba luego sobre sus pasos y volvía sola, sola por el parral, tan solterón como ella. Los herrumbrosos hierros, las ataduras de alambre, los rugosos troncos formaban un engarce para aquel negro camafeo.

Muchos años así, sin variantes. Y la leyenda de que las palomas traían desgracia a las muchachas, haciéndolas solteronas. En el pueblo no había otro palomar, ni nadie envidiaba el de Inocencia.

Pero durante el invierno se vió a la solterona atravesar la quinta con mayor frecuencia. Su parsimonia, alterada; sus pasos, agitados. Las palomas morían, desaparecían, abandonaban el palomar. Inocencia no podía explicarse el

desbande y la muerte. No se sabe a ciencia cierta por qué abandonan un palomar las palomas. Al morir los pichones, al apestar los padres, al caer bajo el chumbo del comilón o la garra del gato, las palomas van enlutando las quintas, entristeciendo las casas y a sus dueños. De pronto, el palomar se torna maldito.

No se sabe si fué tal inquietud lo que enfermó a Inocencia. Lo cierto es que una anemia perniciosa la redujo a una nada de carne y hueso. Desde el lecho dirigía el palomar y regulaba sus horas, de acuerdo al vuelo de las palomas y a sus andanzas. Se agravó, y sus dos criadas —una vieja como ella, y otra joven como un arbolito de la quinta— tuvieron bastante trabajo con los pájaros negros de las pesadillas y los desvelos de la solterona. Dejaron a un lado la vida del palomar. Inocencia oyó correr por el tejado sonoro, de tejas vanas, las últimas palomas. Arañaban el techo con sus pasitos rítmicos, militares.

Y vino la primavera, para el parral, para la quinta, para las palomas. También llegó para Inocencia, que pudo asomarse a la ventana desde su sillón de Viena y entrever el palomar. Poco a poco recuperó fuerzas hasta fijar la vista. Clavó la mirada en la casita descascarada de la punta del riel.

Larga semana de vacilaciones, sin atreverse a interrogar. Por fin, una tarde en que el sol

parecía demorar en desaparecer, creyó oportuna la pregunta. El parral, cuajado de hojas en francas nupcias con la naturaleza, le proporcionaba una visibilidad extraordinaria. Se convertía en un umbrío túnel de hojas. Al fondo, nítido, se destacaba el palomar.

La primavera, que ayuda a observar, le enseñaba a la solterona nuevas cosas del mundo.

—Veo dos palomas, nada más, muchacha —le dijo a la pequeña criada de quince años.

—Andarán por ahí —le respondió, engañándola—, volando por otras quintas...

—¿A estas horas? No lo creo.

Y le costó muchas preguntas a Inocencia la verdad sobre el destino de sus palomas. En plena primavera, tan sólo quedaba un casal blanco, el más manso y casero.

Inocencia pudo arrojar maíz por la ventana, a voleo, y alegrarse escuchando el arrullo de sus amadas palomas, mezclado con la algarrabía de los gorriones.

Pero como todo brota en la primavera, también brotan piedras en las hondas de los muchachos y brota el entusiasmo, y brota la puntería, y brota la muerte. Un vecino oyó caer la paloma de lo alto de un árbol, como un fruto maduro. Mataron la hembra, que no apareció ante los ojos interrogantes de la enferma para darle pequeñas respuestas a la solterona.

El palomo dormía en el alféizar de la ven-

tana, a veces hasta rodeado de granos, que despreciaba por tristeza o exceso de alimentación. Terminó por entrar en la pieza, que olía a tisanas, a incienso. Aquella mansedumbre de viudo desolado impresionó a la solterona tremendamente. Hasta que un sábado de limpieza general en la casa sacaron el trinchante a la galería, con esa exuberancia de movimientos y ese afán de alterarlo todo que hace presa de las criadas pueblerinas el día menos pensado...

El trinchante era pomposo —mármol blanco y luna de espejo biselada. En el espejo se reflejaba una madre selva, y el verde de un naranjo, y un cachito de parra, y una brizna de cielo azul. Al fin, una abundante quinta retratada en el cristal.

El palomo llegó a la galería. Con las últimas fuerzas que le permitía la anemia, Inocencia le arrojaba el maíz. En un ademán lento, uno de sus postreros gestos.

La criadita de quince años recogió unos granos y los puso sobre el trinchante. El palomo subió, más hermoso que nunca, jocundo, blanco, deliciosamente emplumado, con orgullo de haber nacido palomo, de poder ser palomo en la primavera. Movi6 su cabeza en avances rítmicos de audaz que abre el aire, lo perfora con el pico para hacer pasar luego su cuerpo. Dilatado el buche, engolado el cuello, pleno de vida desde

la pata limpia y rosada hasta la firmeza del ojo de rubí.

Pisó aquí y allá. Algunos granos corrían sobre el mármol como huyendo del picotazo. Otros se dejaban engullir, felices de alimentar a tan hermoso ejemplar. Hasta que el palomo, en un instante en que sólo la criadita alerta lo vigilaba, se descubrió en el espejo.

¡Ah, pero bien sabemos que para el palomo era otra la realidad! Lo sabía la criadita, que contenía la risa sin dar explicaciones, divertida y asombrada a un tiempo, al verlo feliz, en semejante trance de amor. Por momentos conseguía meterse en la cabeza del palomo, y entraba así en su realidad. Pero de nuevo recuperaba la lucidez hasta burlarse de las zalemas, requiebros y arrullos interminables del ilusionado. Allí en el cristal, del otro lado, nada más, encontraba a la paloma, resucitada, la que cayera con el pecho abierto por una piedra. Allí, pico a pico, le coqueteaba al último palomo de la solterona. De un lado a otro, de derecha a izquierda. A veces, resbalando en el mármol, golpeando con el pico en el espejo como un soñador cualquiera en el cristal de su sueño. Todo el día en aquel amor imposible, espaciado por vuelos a la quinta, a donde iría a consultar a las copas de los árboles, a recoger consejos del aire, o de las flores; a recuperar fuerzas perdidas.

—Déjalo tranquilo, muchacha. Déjalo... Anda, continúa con tu trabajo...

Inocencia, desde su sillón de Viena, aprendía su última lección de la vida. Quería estar sola frente a frente de ese sueño, con la paloma ilusionada. El arrullo de amor llenaba la alcoba. Era tanto y tan grande, que por momentos creyó que no iba a poder contener un grito, pronto a estallar en su interior. Pero se desvanecía la terrible voz, poco a poco, lastimando con dulzura su corazón. Y un desmayado aliento le daba el aspecto —y también el alma— de un quinqué que consume su última gota.

La vieja criada quiso entrar el trinchante, pero Inocencia le exigió que lo dejase en la galería. Esperaba ver el final del idilio. A la criada le habría causado mucha tristeza el retirar el mueble. Inocencia quería ver lo que sucedería al día siguiente, con el mismo entusiasmo de antaño al leer la continuación del folletín del "Ecos del Progreso"...

La luna del trinchante se enfrió con las sombras desprendidas de los árboles durante la noche, las sombras resbaladas de la madreseiva... Por primera vez el espejo recogió el brillo de una estrella. La Vía Láctea purificó y perdonó aquel delito del cristal.

Inocencia, la solterona, amaneció muerta. Habrá abierto los ojos por última vez en la alta noche, cuando así lo exigió el latir del corazón.

En sus pupilas, el vuelo casto de sus palomas lejanas.

La criada, al despuntar el alba, vió al palomo rondar el trinchante. La galería, bañada de sol, invitaba a vivir. A medio día llegó con unas plumas en el pico, cabeceando desconfiado, sorprendido por la frialdad del mármol.

Pero la gente que vino al velorio, y la muerte, que andaba por allí, acabaron por espantar al palomo enamorado.

Con todo, es mejor que así haya sucedido. Hay que lamentarlo por la criada, pero no por el trinchante... No se merecía tamaña ilusión.

RATONERAS

(Tacuaritas)

Los hombres de campo se complacen en transformar las cosas vulgares que les rodean en objetos artísticos para admiración, entretenimiento o juego. Estos salen de las plantas o de los animales. Un hueso —la taba— les sirve para probar la suerte. Las astas las labran en forma de vasos o simplemente como elementos decorativos. Algunas raíces, deformaciones de ramas, cortezas rugosas, para grabar nombres o esculpir figuras.

Mi hermano Carlucho, de la maza centenaria de una rueda de carreta hizo un pequeño bar, un abrevadero para los paisanos. Dentro de la maza, en el hueco en que va chirriando el eje —recio eje de madera, de lapacho eterno—, cabe muy bien una damajuanita de caña. En los agujeros donde van los rayos —una de esas ruedas tiene doce rayos— caben perfectamente pequeños vasos de “guampa”. Los vasos tienen grabados nombres de bueyes, los héroes de la

última jornada de la carreta: Zaraza, Golondrina, Calandria, Pajarito, Amargo, Suspiro.

Tres rayos, de dura madera también, sirven de trípode a esta maza negra y pesada. Un hombre, sin ayuda, no puede alzarla. Las llantas —un arco de hierro— estarán dormidas en alguna tapera, haciendo dos círculos perfectos de cardos y mío-míos. Dormidas entre yuyos protectores. Pero la maza negra, con su lapacho y su hierro, salpicada de caña, tiene desde este verano un destino más alegre.

Bajo la enramada vi pasar las confianzudas ratoneras rayando el silencio con sus chirridos. Durante unas largas vacaciones, el bar permaneció en desuso. Cuando volví, faltaba un vaso, que se llevó un forastero porque el nombre de Zaraza le recordaba no sé qué historia sentimental. Cosas de criollo recordador.

Las ratoneras debieron estar atentas y tomar nota de aquella brusca desaparición, pues donde no cabe un vasito de guampa cabe un nido de ratonera. Y los pajaritos rancheros resolvieron ocupar el vacío de Zaraza. De la noche a la mañana se instalaron. Claro que Zaraza, el vaso, ocupaba un sitio con vista al norte, cosa de capital importancia y digna de ser consignada.

Dando saltos en el aire —así vuelan esas ave-cillas “alpistes”, vivísimas—, empezaron a traer pajitas, carda, gajos de espinillo, copitos de

lana. Yo acostumbraba sentarme a tres metros escasos del bar, en mi sillón habitual, el de los periódicos que llegan con fecha atrasada.

El plumaje de la ratonera es del mismo tono que el de los horneros. Su tamaño, unas tres veces más pequeño que el de este pájaro. La constante movilidad de su cola le da un aire desconfiado y nervioso, siendo por otra parte lo contrario, extremadamente audaces y entremetidos en la vivienda del hombre. Corren por los tirantes de los galpones y se aventuran, a saltitos veloces, tras las moscas y las arañas. ¿Será por esta característica que se les llama ratoneras?

Desde mi sillón observé día tras día el movimiento de los pájaros —un casal, por supuesto—, mientras dejaba ir mis ojos por las planas de la sección telegráfica de los diarios. A veces, de una penosa noticia de la guerra alzaba los ojos a las ratoneras, al hueco donde desaparecían. Otras veces, de los aledaños del nido volvía a padecer los telegramas sobre los bombardeos aéreos. Mi oído se balanceaba entonces desde el canto del ave hasta el imaginario fragor de la metralla. El ruido del gran avión traicionero y la simplicidad del trino. Del otro mundo al más pequeño, al diminuto mundo de un nido. Así, durante veintiséis días...

Pero no sólo yo seguía atentamente aquella historia tan alejada y ajena al mundo de los

hombres. Byron también se interesaba, porque mi perro danés —es la raza de perros que mira siempre a la cara del hombre—, Byron había descubierto, por mi desasosiego, el nido de las ratoneras. De otra manera lo habrían tenido sin cuidado los pajaritos.

Se llamaba Byron porque tenía una pata defectuosa. En su casa de madera hubo que estampar el nombre tal como suena —“Bairon”—, para que la gente aprendiese a llamarlo así.

La lectura de mis diarios se fué haciendo espaciada y desatenta. Porque no bien terminaron de hacer el nido —no supe a ciencia cierta en qué fecha—, el machito empezó a traer comida a la hembra. Me fué difícil distinguirlos para saber si se turnaban. Eso sí, andaba una siempre afuera. Deduje que la hembra permanecía sobre los huevos todo el día.

El número de huevos, en un principio, me preocupó, pero pude contener mi curiosidad, capaz de conspirar contra su feliz destino. Si me acercaba al nido —lo intenté una vez—, Byron podía interesarse en forma exagerada y comprometedor, como sucedió una mañana. Lo sorprendí lanzando dentro del hueco un soblido, que tal vez se podría decir “huracanado” si lo oyésemos desde el nido... Luego, aspirar en forma apremiante, al punto de que temí por la integridad de los delicados huevecillos. Bastó un fuerte cachetazo, muy oportuno, para que no se

aproximase más. Pero él ya no tenía dudas sobre el objeto de mi intención. Yo había dejado de leer los diarios de cara al norte, con las hojas desplegadas cubriéndome la cara... Había cambiado de posición, y muchas veces mantenía largo rato caído sobre mis rodillas el periódico abierto. Byron me contemplaba como el perro perdiguero al cazador que va a hacer fuego sobre una presa que él no ha visto todavía... Después seguía mis miradas y clavaba las suyas en la puerta del nido.

Esperamos los acontecimientos Byron y yo... Yo, desde ese balcón de las columnas de los diarios, por donde se ve pasar el dolor de otros países... La vista, cansada de los caracteres tipográficos, solía reposar en la vieja rueda. Fué entonces cuando la vi girar sobre los campos inocentes, y, imaginando, me pareció oír el chirrido del eje de madera acortando las leguas con su música, uniendo los pagos. Ahí estaba la pobre, dormida sobre su pasado, en el lejano ayer, ruda historia de esquilas, cuereadas, contrabandos... Tronco dormido, siempre sumido, ahora resucitado para la tibieza de un nido. Destino feliz, al fin de cuentas...

Pasaron varios días. El canto de las ratoneras, más bien las preguntas y respuestas del casal, parecía ajustar no sé qué tornillo imaginario, roto en las antiguas marchas. La maza re-

cobraba en tal forma el movimiento. Aparecían las llantas, los rayos. Hasta que una mañana, paradas en el rayo vecino al hueco que da al norte —encía rellena por el nido—, las ratoneras se disputaban en silencio un gusanito. Ambas a un tiempo no podían entrar con aquel alimento que le pendía del pico a una de ellas. Tuve que aguzar el oído para descubrir el piar de los pichones, pues era evidente que había vidas que alimentar. Al atardecer del día anterior advertí extraños alertas del perro. Byron, dueño de mejor oído que yo, se había enterado del advenimiento. Debí descubrirlo en sus ojos; más bien en sus orejas. Pero estas noticias de la guerra han acabado con nuestros sentidos. Quizá en el momento de la ruptura de los huevecillos leía yo una noticia sobre un nuevo campo de exterminio en Alemania nazi.

Desde aquel momento me entregué a un verdadero inventario aduanero. Durante doce días vigilé la entrada de alimentos a aquella ciudadela, que, desde ese momento, me pareció fantástica. Supongo que el macho, por el coraje desplegado, fué quien se apareció con una abeja. Zumbaba en el pico, buscando la forma de defenderse, de herir. El duelo duró unos segundos. La ratonera, al advertir la tenacidad del insecto, se lo engulló en un santiamén. Y se quedó un segundo inmóvil, tal vez sintiendo en su buche, no más grande que la abeja, la ardiente pro-

testa de la víctima. Y con ella en el cuerpo, pasó adentro.

El inventario de los alimentos de los pichones —eran tres— podía ofrecernos, en el trabajo de una tarde tan sólo, un montón de bichos difícil de enseñar en la palma de la mano sin dejar caer alguno. Desde el verde “tatadios” a la lombriz; desde la araña y la mosca al gusanito peludo. Fatigoso sería el inventario.

Pero algo nos demostraba, a Byron y a mí, la utilidad del esfuerzo. Esto se manifestaba en el piar de los pichones. Durante doce días pude, día tras día, oír con qué lentitud madura el trino de un pájaro, y, sobre todo, apreciar la tarea de ir ajustando ese trino destemplado al grave registro del de los padres. Desde afuera, luego de introducir en el nido el alimento, las ratoneras daban el tono justo, el apropiado, para enseñárselo a los pichones. Diálogo desigual. Después, volaban para traer más alimento y nuevos trinos. En doce días fueron madurando lentamente, como maduran los frutos y las mieses. Yo no quería ver a los pichones; prefería escuchar las variantes del trino, de su natural crecimiento en el aire dormido de la siesta. Por el oído, me había propuesto dar el veredicto:

—Hoy escapan del nido...

Los trinos fueron haciéndose más agudos, casi formales, de una entonación que se apro-

ximaba a la de los padres. Alguna vez, con seguridad confundible para mi oído.

Llegó una tarde al fin, la veintiseis. Ese día comprendimos por qué habían hecho el nido en el lugar del eje. Venían a ofrecer a la dormida maza de la carreta la ilusión de la marcha. Reunidos los cinco pajaritos, tres adentro y dos afuera, intentaban imitar el chirriar de la rueda, de la centenaria rueda en su marcha lenta y pesada. Marchaba ahora, sin bueyes ni picanas, arrastrada por pájaros, por el campo abierto de la mañana, por el interminable callejón de la siesta.

Aquel día dije:

—Esta tarde emprenden el vuelo.

Y me fuí a almorzar. Se quedó mi perro, Byron, adormecido.

Al atardecer fué la sorpresa. Por entre las matas y los arbustos del jardín corrían los pichones, humedecidos, con las alas empapadas y yo no sabía de qué... Apenas podían dar saltitos pesados.

Con Byron seguimos los trinos, por entre las ramas, buscando a las ratoneras.

Yo no sé qué pasa —hablé en voz alta—; parecen mojados los pichones.

Una chinita salió de la cocina rascándose la cabeza con ambas manos. Tímidamente me contestó:

—El Bairo los tenía metidos en la boca a la hora de la siesta... Yo lo vide...

Junté los tres pichones. El sol podía aún secarlos. Los secaría de la baba de este animalote negro, mi gran danés, a quien se le hace agua la boca por cualquier tontería.

En la rueda de la carreta quedó el nido como una cicatriz. Algunas plumitas colgando del hueco. Las dejaron al emprender su vuelo los apresurados pichones.

A Byron me lo envenenaron unos vecinos desalmados. Dicen que las ratoneras hacen nido en el mismo sitio todos los años. Les guardaré el lugar, ya que el vaso de guampa ¡vaya uno a saber por dónde anda!

Claro está que para oír los primeros trinos y contar los insectos, para ser aduanero en esta almenada ciudadela, me hará falta mi perro. Pero me dejó un hijo, tan inteligente como él. Puede ser que para entonces no distraigan ni atención los campos de exterminio de los criminales nazis. Habrán acabado las guerras, que nos estragan los sentidos, que nos pudren la sangre. Ese día llegará.

MIXTOS

¡OCTUBRE desató el nudo del invierno. Y, allí donde la vista se posaba, hervía la tierra. Abundaban los nidos y las flores. Una eclosión renovada, violenta. Tenían sentido los pies desnudos de las criaturas y la nocturna exaltación del perro y el olor múltiple del jardín. La magnolia luchaba por imponerse, y lo conseguía, si el viento suave del este se deslizaba entre los arbustos. Los colores apuñalaban el aire, la luz, las pupilas de Malena, no bien se despertaba y dejaba ir sus ojos por la ventana. Malena tiene veinte años y está sola en la casa. Completamente sola, no. Suele aparecer, los sábados, su primo Aurelio, que atraviesa la edad de los solterones, de los que corren el riesgo de quedarse sin mujer. Cuando Malena siente sus pasos por el camino de piedra suelta que conduce de la puerta de calle a la casa, grita el nombre de su primo, con ansiedad, como si temiese que se marche súbitamente, sin mirarla, ahora que viste trajes primaverales.

Pero Aurelio llega en tren de observador de la naturaleza. Ya lo dejamos dicho; peligra quedarse sin mujer. Y, cuando un hombre anua desviándose en la observación de plantas y de pájaros, está propenso a la soltería. La naturaleza es la única amante de verdad, la más bella y la más fiel. Aurelio nunca se ha dicho semejante cosa, porque sería un escritor, un artista, un científico. Y no lo es. Es un holgazán que en su vida ha dicho muy pocas cosas memorables. Una de ellas se le escapó de la boca el día que discutieron sobre arte, Arte con mayúscula, por supuesto. Era entre amigos intelectuales, trabajadores de la inteligencia. Aurelio dijo que Arte es contraste, y se quedó casi sin habla. Un profesor de filosofía desarrolló el presunto aforismo, la definición de Aurelio. Sin contraste no hay arte posible. Blanco y negro; luz y sombra; anverso y reverso; cara y cruz; derecha e izquierda; pobreza y riqueza; pro y contra; alegría y tristeza...

—Una novela totalmente alegre es una estupidez —dijo el profesor.

Lo cierto es que sin contraste, dejó dicho Aurelio, no hay Arte posible. Pero Aurelio no es hombre de profundizar en los temas, y cuando los amigos entraron en materia, usando citas para arrojárselas los unos a los otros como bolas indígenas, Aurelio miró hacia el cielo, descubrió la copa de un samú, de un palo borracho cu-

bierto de frutos que reventaban al sol de octubre. Y, sin decir esta boca es mía, salió a la calle, y empezó a andar, despacio, hacia la casa de Malena, que quedaba en las afueras del pueblo. Y a sus espaldas quedaron los amigos discutiendo si podría haber Arte sin contraste y si la "salida" de Aurelio valía la pena de ser considerada. Aurelio caminaba hacia la casa de Malena. Los amigos tomaban mate y alguno bebía pausadamente caña. Él remontaba el medio día, a pasos cortos pero seguros. A veces levantaba la cabeza para seguir con la mirada los pequeños copos de algodón que se dejaban caer suavemente lejos del árbol que los engendraba, en tierras más fértiles quizás, a mucha distancia, conducidos por la brisa, íntima colaboradora del samú. Contra el azul purísimo, nítida, resaltaba la imagen del copo cargando su semilla negra. Semilla que caía en un verdadero paracaídas porque todos los sutilísimos hilos sedosos estaban ligados a la semillita. "Caerán simplemente sobre la tierra —pensaba Aurelio—. Allí estarán posados hasta las primeras aguas, hasta que la humedad nocturna transforme al algodón en materia fecunda. Allí nacerá otro "palo borracho". Y así hasta que la mano del hombre lo destroce. Millones de semillas bajan del árbol y se posan en tierra a muchos metros del lugar, porque el terreno es el mismo. No pasa esto con la semilla del pino —continuó Aurelio—. La se-

milla del pino salta de la cárcel de la piña cuando el sol hace estallar sus pétalos de madera. A veces hasta en la noche se escucha el escopetazo de la piña. Y caen las semillas, que están dotadas de un helicóptero, de una pequeña ala que las hace girar vertiginosamente. La semilla cae, vertical, casi a plomo, porque el pino sabe que hay arena en poco trecho y que deben vivir unidos en inmensas colonias junto al mar. No pueden fincar en otra tierra que en la que se les tiene asignada. Por eso caen verticalmente en las arenas, a los pies del progenitor”.

Aurelio ha andado mucho por el mundo y sus observaciones le van a ayudar a morir científicamente. Solo, pero dentro de la naturaleza, porque no piensa traicionarla.

Pero el hombre propone y Dios dispone. Malena lo aguarda, porque desde hace una semana está sola en la quinta. En los campos lejanos hay mucho trabajo. La esquila, cosecha de la papa, trabajo para los hombres. . . Una mujer como ella contraría las leyes de la naturaleza porque no trabaja como debiera. También Aurelio anda a contrapelo. Si se ocupase de las mismas cosas que el padre de Malena, estaría arreando majadas o vigilando la esquila. No.

Ambos son otra cosa. Son algo que ya se da en muy pocos lugares de la tierra. Se da en América y en ciertos parajes que resultan ínsulas. Aurelio y Malena se sienten un tanto privile-

giados. ¿Aceptarán los inconvenientes que acarrea el ser distinto de los demás? El ocio es el placer de los dioses.

Aurelio no va al encuentro de Malena, por cálculo mezquino. Va buscando el contraste. Ya lo ha dicho en rueda de amigos. En el fondo Aurelio es un artista fracasado. Malena lo admira porque es un bello ejemplar fuerte y digno; oportuno, sobre todo.

—Empezaban a beber —dijo él— y no me gusta tomar por la mañana.

—Prefieres venir a verme —respondió Malena sin darle importancia a lo que decía.

Aurelio no se animó a levantar la cabeza y mirarla, mirarla en los ojos, para saber si la frase tenía otro valor que el que ella le asignaba. En realidad la importancia podían dársela ellos; de pronto Aurelio prefería conversar con su prima, sola en la casa, a quedarse a discutir sobre Arte con amigos que apenas rumbeaban en el asunto. “Esas conversaciones —dijo para sí— siempre son tartamudas. Y todos tienen razón, cada uno un poco de razón”.

Aurelio se mantuvo en silencio. Malena sintió que sus palabras podían ser mal interpretadas. O demasiado bien entendidas. De todas maneras, el silencio de Aurelio adquirió un gran valor, un tremendo valor, a medida que transcurrieron los minutos. “¿Por qué se quedaba

pensando tanto?" —se preguntó Malena—. Al fin y al cabo, es cierto, me prefiere, pero...

El sol los bañaba con una dulzura extraordinaria. La magnolia enviaba andanadas de perfume. A veces, resultaba insoportable para Aurelio. Malena aspiraba sin cesar y no se le ocurría otra frase que aquella que había quedado en el aire, flotando en el aire espeso de la magnolia. "Prefieres venir a verme"... Claro, si hubiese dicho "a visitarme" quizás habría sido menos indiscreto de su parte el adivinar el placer de su primo... "Pero, pensó, ¡si ya tiene cuarenta y seis años!"...

Siempre hay en el jardín un pequeño accidente capaz de distraer al más ensimismado. El vuelo de una mariposa, la abeja que se clava en la pulpa de la rosa, el insecto que cae desprendido de una rama altísima. Cuando el hombre clava la mirada en el suelo, así sea en menos de cincuenta centímetros cuadrados de tierra, invariablemente descubre un hecho que interesa a sus ojos. Para eso están las hormigas, en último término. Pero, sin lugar a dudas, sólo en la opaca pantalla de la tierra puede hallar el hombre desamparado el pasatiempo más rico y saludable. La araña diminuta, el brote que surge, la piedra que da destellos, hasta las huellas de unas alpargatas, pueden avivar la imaginación. Y Aurelio sabía de estas minucias que no son para trasladar al papel. Y miraba tontamen-

te la arenilla del sendero donde, al parecer, se banaban dos pájaros. Le daba lo mismo que se tratase de dos gorriones o de dos mixtos. No le quería dar importancia a un hecho corriente. Pero, de pronto, haciendo silbar los labios, colocó su ruda mano derecha sobre el muslo izquierdo de Malena. Con aquel gesto le exigía que permaneciera inmóvil, rígida. Los dedos casi se crispan sobre la tela de la falda veraniega. Malena baja los ojos hasta la mano impositiva y cálida, desconcertante. Y automáticamente después, se pone a observar la extraña lucha de los dos pajaritos, a muy corta distancia. Aurelio ha olvidado su mano sobre el muslo de Malena. Mira la pelea, atentamente. Un violento revolcón de los pájaros le hace retirar la mano, suavemente. "¿Va a separarlos" —se pregunta Malena, recogiéndose la falda—. La pelea se hace de tal ferocidad que Aurelio se acaricia el mentón, como ante un arduo problema. "No se están bañando —discurre para sí—, no. Ni se cruzan. ¡Combaten ferozmente!". Uno de los pajaritos ha tomado al otro por el cuello con el pico sumido en las plumas. Consigue torcerle la cabeza. Parece que se propone ahogar en la arena a su contrincante. La lucha se hace por instantes encarnizada, sin piedad. Juegan las patitas encarnadas como las de los grandes gallos de riña. Malena se le acerca con prudencia y susurra unas palabras al oído de Aurelio. Pero

él no le responde, testigo de una de las más violentas luchas que han visto sus ojos. Pasan los minutos. Cada vez es más horrible y triste el encuentro. Los pájaros ya están extenuados. Las alas se despliegan, abatidas. Son dos pequeños bichos grises revolcándose. Dos ratones miserables y frenéticos, por momentos. Uno de los pájaros arrastra al otro junto a una piedra como si allí fuese a ultimarle, a dar término a la batalla. Aurelio advierte que la respiración se les hace dificultosa, que aquello dura más de lo imaginable. "Alguno de los dos morirá por asfixia", piensa. La escena se ha tornado de una crueldad irritante. A Malena le resulta insoponible y hace un gesto sin sentido, nervioso. Aurelio piensa si no debiera intervenir, para separarlos. Pero titubea ante la presencia del más hermoso mixto dorado que han visto sus ojos. Da saltitos en torno a la pareja en disputa. Salta a una rama. Baja, sube, coquetea. Cuando los dos pájaros en disputa son un lamentable montoncito de plumas empolvado, el mixto se aproxima. Aguarda sin duda el desenlace. Aurelio y Malena también aguardan el final, el epílogo. Aurelio se siente tan seguro como el mixto. Ahora sabe que podría hablar, de las razones del duelo a muerte. Pero allí están, bien ajenas al drama, Malena y una rosa blanca que balancea su peso en alas de la brisa.

De pronto, uno de los dos pájaros se separa

y atraviesa el aire, volando penosamente. Dejó caer una pluma sutil y se posó en el alféizar de una ventana. El otro, maltrecho, como borracho, dió unos pasos y voló a ras del suelo. Se oye el trino neto, seguro, del mixto dorado.

Malena y Aurelio se ponen de pie, sin hablar...

—Qué terrible pelea —dice ella—. Mira cómo ha quedado aquel que está en la ventana.

El pajarito, desfalleciente, se inclinaba hacia atrás, las plumas en desorden, el pico entreabierto.

—Ha sido una lucha atroz. Nunca vi nada más salvaje, más tremendo —dijo Aurelio— Y completó su pensamiento. Precisamente por tratarse de dos pájaros tan delicados e inofensivos.

¿Habría entendido Malena los motivos del drama que allí se había desarrollado? No, Malena no entendió nada de lo que habían presenciado porque tiene veinte años.

Aurelio buscó el nido, el rincón donde estaría escondido el nido de los mixtos. Ella pudo haber observado que los tres pájaros trabajaban en su construcción. Cosa un tanto insólita. Pero repetimos que Malena tiene nada más que veinte años.

Aurelio dió con el nido. Transcurrida una media hora, el mixto dorado, el macho, entraba con una pluma en el pico. Malena, que había ol-

vidado el duelo de los pájaros, le pregunta a Aurelio si se quedará a almorzar. Pero la pregunta no tiene el tono de otras veces.

Las palabras sonaron diferentes. Octubre ofrecía un gran contraste con la opulencia de las rosas, con el sol agresivo y el cielo de un azul profundo.

—No —contestó Aurelio—, no creo que deba quedarme a almorzar.

Y como el tono también fue extraño, Malena guardó silencio.

Para salir del momento un poco penoso, repentinamente, Aurelio le dijo:

—Ven, acércate, que desde ahí no alcanzas a ver el camino... Mira, mira...

Malena se le aproximó tímidamente y miró hacia donde señalaba Aurelio. Un niño ayuda a otro a colocar un trampero, una jaula con cebo para cazar pájaros.

—Ves, ves, Malena —exclamó Aurelio—. ¿Ves esos chicos que se entretienen en preparar tramperos? Ellos son los culpables de la escena que hemos visto... Cazan tan sólo mixtos dorados, que son los machos, y dejan las hembras en libertad. ¿Comprendes?

Malena mira hacia el camino, aspira el aire perfumado, se lleva la mano hasta la frente para levantar las hebras de pelo que caen sobre sus párpados y sonríe, apenas. Ella quisiera que su primo siguiera explicándole cosas, sacando con-

clusiones, observando a su lado. Todo el mundo está en la cosecha, la gente anda por el campo, lejos.

Ha pasado el invierno. Hierve, ahora, la tierra. Se inicia la primavera. En la naturaleza, el contraste es tan grande que no alcanzaría un libro entero para contar lo que pasa. ¿Puede Aurelio ensayar con Malena el desarrollo de la teoría de los contrastes en el Arte?

No, porque ella tiene veinte años.

Tal vez este detalle es el que explica las visitas de Aurelio.

Siempre existe alguna explicación.

GORRIONES

“Aquella finca se singularizaba por la cantidad de pájaros que alegraban el patio. Tres naranjos daban sombra al pulmón de la casa. El brocal del aljibe bostezaba una historia vulgar, de medio siglo, con la roldana, la cadena y los gorriones. El balde, desgraciadamente, había tenido que ser renovado.

La algarabía de los pájaros disminuía cuando el azahar de los naranjos saturaba el aire con su aroma. A falta de gorriones, azahares. Ellos no se sienten felices con la convivencia embriagadora de los naranjos en flor. Se corren a los cipreses, más compactos, para esconder su locura primaveral. Los frutales ya tenían entonces en qué ocuparse. A mayor cantidad de azahares, menor frecuencia de gorriones.]

Pero las flores hacían soñar, como es corriente, a una muchacha rubia. (Las rubias sueñan con flores blancas. Las morenas, con encarnadas, valga una copla). Una morena, huésped

de la finca, pasó en ella un par de semanas. Leía bajo un ceibo en flor. Los benteveos se burlaban de su ocurrencia. . . Pero no olvidemos que es ésta una historia de gorriones y no de benteveos.

La muchacha rubia se llama Lucila. Fue huésped en el otoño, precisamente cuando los gorriones se recogen más temprano y cada uno se pelea por ocupar el sitio de la noche anterior. Las ramas —señaladas indiscretamente por negligencias nocturnas— aguardaban impasibles la carga movediza de la bandada.

Próximo a los naranjos, los viejos faroles permanecían encendidos hasta más allá de las 22. Desde las ventanas del comedor, Luis, un huésped que hace coincidir sus visitas con las de Lucila, se entretenía en verificar detalles aparentemente sin importancia. Por ejemplo, el de comprobar que el gorrión duerme siempre en la rama de su predilección y la defiende si es necesario.

Un día dejó de sonar el timbre de pilas del portón. Llamaron con golpes de manos. Luis fue el primero en interesarse por aquel contratiempo. Y, claro está, como observaba la vida de los gorriones en sus más pequeños detalles, descubrió las razones de la parálisis que había atacado al llamador. Los pájaros que preparaban su nido en la caja de las campanillas, habían colocado una ramita entre las dos esferas de metal.

Así fue. Bastó que Luis se encaramase en la

escalera para verificar la hipótesis. Mientras lo reparaba, Lucila hizo observaciones propias de gente en vacaciones, tales como la de que los pájaros permanecían tranquilos cuando sonaba el timbre, fuesen o no impacientes las llamadas. La hembra, sobre todo, no abandonaba el nido ni ante el llamado repetido de un cobrador. . .

Las observaciones se hacían en presencia de "Moscú", un cachorro "fox terrier" pelo duro que conocía, por cierto, todos los ruidos de la casa. El llamado de un proveedor que no gozaba de las simpatías del "fox" era diferenciado de entre los restantes por un ladrido de protesta. Los demás entraban, luego de llamar, sin el ladrido del perro.

Luis y Lucila aprovechaban de la vida de los pájaros en una forma que hacía sospechosa su devoción ornitológica. Se tomaban de las manos al andar bajo los árboles, y fue hábil pretexto el nido difícil de descubrir entre las ramas.

Los pájaros contribuían a hacer feliz el desarrollo de aquellos amores incipientes. Pero los gorriones fueron un obstáculo, como lo vamos a ver.

La familia solía reunirse en pleno bajo los naranjos de troncos rugosos, a comentar la mansedumbre de los pájaros. Eran el orgullo del dueño de casa. Se hablaba de los gorriones a pocos centímetros de ellos, y como si tal; ni se movían. Apagaban y encendían las luces, encen-

dían fósforos... Nada. Los gorriones, inmóviles como bombillas eléctricas en el gran "plafonnier" de un teatro.

—Es curioso —anotaba Luis—; no se molestan por nada.

—Conocen todos los movimientos del patio —aseguró el dueño de casa.

Si Luis hubiese tomado en cuenta la observación, le habría servido para no cometer imprudencias...

—Conocen más los ruidos anormales —agregó el citado señor— que el propio "Moscú".

A Lucila y a Luis les parecieron escasas las jornadas. Oscurecía muy temprano. Lucila se levantaba tarde. Además, debían hacer tertulia familiar... Por estos escamoteos, decidieron verse más allá del filo de la medianoche. El otoño era propicio. En el patio existía un rincón, sin ecos para los murmullos, y en él un banco de mármol, impresionante a la luz de la luna. Incomparable lugar para una cita.

Luis no confiaba mucho en Lucila.

—Yo te doy un tironcito en el piolín. Si quieres dormir, duérmete... Pero con el piolín atado al pie, y que la punta salga por la ventana.

A medianoche el viejo reloj carraspeó su hora. Nadie se movió en la casa. El silencio se había pegado a los muros.

De la ventana de Lucila, por entre las rejillas, colgaba un cordón de cáñamo de insospe-

chada utilidad. "Moscú" pasó por su lado y lo olfateó. No olía a nada extraordinario. No mereció ni siquiera una breve levantada de pata...

"Moscú" dormía. Dormía la casa. Dormían las luces. Dormía el patio. Dormían los sirvientes. Dormía el pueblo vecino. Dormían los gorriones, las raíces y el agua del aljibe. Lucila quizás durmiese. Pero Luis velaba calculando que en la oscuridad no sería nada difícil dar con el cordón de cáñamo. Si "Moscú" se despertaba, con palmotear un par de veces en las piernas reconocería inmediatamente el festejo familiar.

Luis entreabrió la puerta con sigilo. Desde aquel sitio había contado unos veinte pasos a la reja. Debía pasar bajo los naranjos o deslizarse por el corredor. Era más conveniente atravesar el patio. La tierra está más acostumbrada a guardar el secreto de ciertos pasos. Resolvió cruzar próximo a los naranjos.

Anda descalzo, alígero, de una levedad amorosa. Al suspirar recoge el aire balsámico de la noche que alienta a los enamorados desde tiempos inmemoriales. La cita nocturna enciende su sangre. El perro duerme en el corredor. Ya lo debe de haber visto, con el ojo vendado del olfato.

Luis se detiene de pronto. Algo pasa en el patio. El corazón le golpea en el pecho. De un salto puede tener el cordón en la mano. Pero ahí que un revuelo de gorriones sorprendidos

llena la concavidad del patio de rápidos aletazos. Suenan entre las ramas. Luis piensa atropelladamente, como en una veloz pesadilla... Es algo así como el rápido deshojar del árbol, digno de un cuento de "Las mil y una noches"... Es una lluvia repentina hiriendo las hojas del naranjo...

Se detiene. Se inclina sobre el brocal del aljibe. Y entonces es cuando los gorriones, asombrados, hacen estremecer el árbol. El naranjo parece un animal que agita su pellejo para quitarse las moscas. Un árbol disparando los perdigones de los pájaros hacia las sombras de los tejados. Y a pocos pasos, el gruñido de "Moscu", apenas insinuado, que no se atreve con Luis, que no acaba de convencerse. Pero los gorriones siembran dudas terribles en la cabeza del foxter.

Luis ha golpeado en sus piernas. El perro se acerca. Coloca sus patitas a la altura de las rodillas del amo y lo mira interrogante:

—¿Qué pasa, Luis? ¿Por qué los gorriones se inquietan? No saben acaso...

Luis y Lucila debieron ensayar esta escena nocturna muchas veces... A pesar de su curiosidad por la vida de los pájaros, Luis resulta un mal observador. Los gorriones, desordenados en apariencia, aman el orden. Lucila y Luis debieron saber que una bandada de gorriones es la mejor guardadora de la honra casera.

Los patios con gorriones son peligrosos, anotó Luis.

CARPINTEROS

Si el mundo cambia, no es por oscura determinación del hombre ni por la aplicación de su inteligencia en dicho sentido. Se transforma, porque la vida lo obliga a ello con su misterioso mandato. Y hay lugares del globo en que se evoluciona con marcada rapidez, y sitios en los que la mudanza es lenta.

Un ruiseñor de Europa vive —canta y se alimenta— y hace su nido en la misma forma que cuando los poetas le dedicaban la gracia de sus poemas. En cambio, en otras regiones del mundo la costumbre de los pájaros, al parecer, va variando apreciablemente con la marcha de los siglos, sin que tenga este fenómeno nada que ver con el hombre.

No cabe duda de que si se registran serias variaciones en los tres reinos, el ser humano no es quién para escapar a esas leyes. La diferencia está en que éste lo atribuye, jactancioso, al maquinismo, a meras invenciones suyas, todas

ellas, según el hombre, fuera de la órbita natural.

¿Quién se atreve a poner dudas sobre la prolijidad, como investigador de la naturaleza de los pájaros, del aragonés Azara? Y bien; el primer ornitólogo de América dice que, a veces, los horneros concluyen su nido en dos días...

¡Qué tiempos aquéllos! se puede exclamar. En la actualidad ningún hornero se ve capacitado para realizar tamaña tarea en tan corto plazo. La tierra, ahora, no fragua, no se orea, no se amalgama con tanta facilidad.

Claro que enseguida se piensa en las jornadas de ocho horas y en las leyes que rigen el trabajo nocturno... Invenciones del hombre, a primera vista; conquistas sociales... Lo que pasa es que la tierra ha perdido ciertas cualidades, no permite el trabajo con el régimen de antaño. No es más ocioso el hombre, ni menos trabajador. Hay algo más, fuera de la inteligencia orgullosa del hombre; algo escondido en la llama de las corrientes telúricas. Azara documenta un nido de hornero hecho en dos días. Y, por supuesto, no han cambiado las condiciones del trabajo en el pacífico reino de los pájaros. Sin embargo, hace dudar a cualquiera el término señalado por el sabio.

Desde luego que habrá petulantes mortales capaces de asegurar que los pájaros imitan a los hombres, siguen sus leyes y ejemplos. Pasa lo

contrario o algo peor, es decir, los hombres descuidamos las enseñanzas de los pájaros, de la naturaleza en sí, para cómodamente atribuirnos conquistas sociales y fáciles teorías de progreso.

¿Un error de Azara? Para que no se halle solo, lo acompañaré con este dato de Hudson —del próximo pasado maestro—, quien asegura que las ratoneras (o Tacuaritas, como las llaman en la provincia de Buenos Aires) ponen casi siempre nueve huevos. ¡Numerosa familia! Tales cifras eran corrientes en cualquier familia de la campaña americana allá por los días del coloniaje.

Quince hijos, recién empezaba a producir alarma. Actualmente, los matrimonios con diez vástagos sorprenden y son felicitados... La disminución de la familia, claro está, se atribuye a la carestía de la vida, a la pequeñez de la vivienda ciudadana. No se dice, por el contrario, que el invento de las casas de departamentos se debe a que ya no tienen sentido las grandes casonas, dada la limitada procreación, a veces contraloreada.

Lo cierto es que se puede dar un premio al que descubra un nido de ratonera con nueve huevos. Puede que exista en alguna región, pero se trataría ya de la familia Dionne de las ratoneras... Hoy los pájaros más prolíficos se hallan en los dibujos animados, en la fauna de Walt Disney. Pero la naturaleza no piensa, por ahora,

imitar al arte. Al arte cinematográfico, se entiende. Y albañiles capaces de hacer un nido en dos días, no se consiguen con ninguna promesa de jornal, salvo en los cumplidos planes quinquenales.]

* * *

Los montes por donde corrió mi infancia no eran de una exuberancia tropical. No obstante, me salían al paso árboles descomunales, hoy talados. Su destino fue el carbón, o transformarse en alguna cocina pobre, en cenizas, para luego abonar la tierra o el apestoso gallinero. Me preocupó siempre la suerte de aquellos enormes árboles indefensos.

En un año viraró descubrí el primer nido de carpintero. En vano he querido enfrentar otro para medir dos cosas: la profundidad del nido y la relación que hay entre mi estatura y las dimensiones de aquellos árboles. No he podido realizar esta hazaña, y temo que ya sea tarde para tan inocente pretensión.

La vida de los carpinteros —sus costumbres, su nido, sobre todo— fue para mí uno de los más inexplicables misterios del monte. Cualquiera podía decirme con suficiencia:

—¡Por ahí anda metiendo fierro un carpintero!

Yo aguzaba el oído, y el pájaro detenía su trabajo.

—¡Aura debe estar descansando!... ¡Ya no se oye!...

Ahora comprendo lo que me pasaba. En realidad, yo quería “oírlo con los ojos”, es decir, no me conformaba con el inaudito martilleo, incomprendible para mí. No podía creer que un pájaro, a punta de pico, se labrase un nido tan profundo en el troncazo de un árbol. Broma de los peones, que ya me habían jugado más de una.

Mi obsesión, al recorrer los montes mientras paraban rodeo en la cuchilla, era descubrir un nido de carpinteros, verlos operar. Oír y ver a un tiempo. El picotazo y el ruido llenando los huecos del monte. La verdad, y no esa sencilla (pero quizá mentirosa) referencia de los paisanos.

Varias veces me habían enseñado troncos de diversas maderas con huellas de carpinteros.

Eran tentativas frustradas. Al preguntar por qué habrían abandonado el trabajo, recuerdo una respuesta:

—Tendría bichos el tronco y no servía para hacer el nido.

Sin embargo, de gusanos se alimentan, buscándolos entre las grietas y hendiduras. Pero tratándose de la vivienda, no les gusta tener huéspedes de ninguna clase.

Una vez tuve uno de esos pájaros en las manos. Lo bajó de un escopetazo un cazador que estaba harto de verse burlado por las ariscas pa-

lomas de monte. Recuerdo que chumbeó a su perro porque se adelantaba por los pajonales haciéndolas volar. La irregularidad del perro le valió algunos perdigones y produjo la muerte del primer carpintero que tuve en mis manos.

Olía mal. Ningún pájaro huele tan feo. Pero el olfato me dio tiempo para verificar la fortaleza de sus patitas, cortas y robustas, de unas curvas en las puntas de los vigorosos dedos. Las plumas de la cola son como de mimbre tierno, y con ellas se afirma para hacer más recio el golpe del pico. Pude verificar el instrumento del martilleo, oído a distancia. Un pico con tres aristas afiladas, de ruda base. Lo abrí a fin de conocer su lengua, áspera como para arrastrar aserrín y atrapar insectos. Pero de todo el pájaro, más que el rojo de las quijadas y su gorrito negro y el tono verdinegro general, me impresionó la mancha pajiza que le cubre los ojos. El carpintero usa antiparras; se parece a uno de esos obreros que se protegen los ojos para trabajar.

Pero tener un pájaro en las manos es cosa que dista bastante de descubrir su nido y descubrir su intimidad. Por momentos parece alejarse toda posibilidad, por el mero hecho de tenerlo muerto en las manos. Tenía que descubrir el nido siguiendo el vuelo violento del compañero, hembra o macho, que rondaba por la picada.

No lo conseguí por mis propios medios. Una

mañana, Doroteo Lara —que se criaba a mi lado, pero que nunca iba al pueblo a ensuciarse los ojos— me señaló con mirada certera un nido de carpintero. Ya estaba concluido, y pude ver salir del tronco, como por arte de magia, varias veces, el casal. Entraban con desconfianza, trazando en la boca del nido las crucecitas de sus vuelos. Luego espaban, inquietos. Y antes de salir, apenas se les veía las cabecitas para desprenderse enseguida del tronco como sorprendentes flores errátiles.

La sola idea de que podían estar empollando me trastornó por completo. No había podido verlos trabajar, pero iba a cosechar sus frutos.

Las pisadas de las bestias en los senderos del monte alborotaban menos que las de los hombres. Aunque la presencia del ser humano es advertida siempre, en cualquier forma, montando un caballo manso se disminuye un poco. Más aún si el animal, además de manso, no lleva mucho herraje y los protegen a ambos las sombras de la noche.

Decidí arrear con todo lo que hallase en el nido. El casal, los pichones o los huevos. Había estudiado el terreno y planeado convenientemente el ataque. Yo tenía doce años, un petiso bayo y me hallaba frente al monte. La sensación era de lástima al hallar el monte pavorosamente solo. Daba pena, no miedo, hallarlo como tirado sobre la tierra. El sol, el día, los animales. los

hombres lo habían abandonado por completo. Espiaban las estrellas. Al entrar en él me salían al cruce los árboles corpulentos, pero no para dificultar mi paso, sino para quejarse un poco de aquella soledad en que se encontraban. Para pedirme perdón por presentarme un monte mudo, de pájaros ausentes y fragancias trasnochadas.

A unos cien metros del pajonal se erguía el viraró. La copa seca, como fulminada por un rayo. En el tronco, a una altura de tres o cuatro metros del suelo, abríase la disimulada boca del nido. Podía ser un nudo en la madera. Mis cálculos a la luz del día no podían fallar. Si colocaba el petiso junto al tronco, parándome sobre el recado con toda comodidad, podía atrapar los pájaros y meter la mano hasta hallar el fondo del nido.

Cautelosamente avancé hacia el árbol. Me detenía cada cinco metros imaginando dar la sensación de un caballo que pasta en libertad. No se oyó un solo golpe de alas. El río corría a unas tres cuadras de donde me encontraba. Su rumor apagado casi no se oía. Y el dilatado silencio subía de las raíces a las estrellas sin cruzarse con nada. Un silencio frágil, tirante, capaz de dejarse rasgar por la alita de un chingolo que siente inclinarse la débil rama donde duerme.

Mi ansiedad tenía la dimensión del silencio. Junté el petiso al tronco y fuí, poco a poco, arrollando las piernas, apoyado en las cruces de mi

bayo. El pobre animal se mantenía sumiso e inmovil. Conteniendo el aliento, erguí el cuerpo como quien se prepara para espiar por encima de un muro. Pero me fue imposible mantener el equilibrio sin apoyarme en el tronco. Con sigilo de pesquisa, coloqué las puntas de los dedos en la corteza. Todo fue inútil. Aquello bastó para que un estruendo de alas desbaratase mis planes. El vuelo sonó en mis oídos como una sábana inmensa agitada al viento. Había fracasado. Estoy seguro de que los carpinteros oyeron el trote de mi petiso desde doscientos metros antes de llegar al viraró. El silencio nocturno es el cómplice de los pájaros.

Fracasado mi primer objetivo, me decidí a verificar la profundidad del nido, dispuesto a llevarme los huevecillos o los pichones. Y mi pequeña mano de doce años, alargada en dedos ansiosos, se introdujo en el hueco. Cuando llegué al fondo, el antebrazo se injertaba en el tronco. Palpé algo musgoso, tibio, y sentí trepar por la sangre de mi mano una sensación extraña. Para acomodarme mejor, me puse de puntillas. Como la silla del ahorcado, el petiso se separó, dejándome colgado por un brazo. Una repentina angustia se apoderó de mi cuerpo. Con el antebrazo envainado en el nido el susto fue tan grande, que toda la soledad del monte se transformó en un inmenso espanto. Había caído en una trampa, y nada valía la lástima que

les tuve a los árboles solitarios. Con la mano izquierda libre intentaba abrazar el tronco a fin de afirmarme y quitar la derecha del maldito cepo. Las punteras de mis botas se debatían buscando el nudo salvador donde afirmarme. Pero el tronco tenía la corteza lisa, sin la huella de un hachazo donde estribar. Busqué recuperar el apoyo perdido de las ancas del bayo, y lo alejé más y más todavía con puntapiés en los cuartos.

El monte se me vino encima. Nunca pensé que el tronco de un árbol podía de un golpe tomar tal magnitud, crecer hasta impedir que pudiese abrazarlo. El brazo derecho —el ladrón de pichones— me dolía tanto a la altura del codo, que me pareció quebrado como una rama del vi-raró.

No sé a ciencia cierta cuánto tiempo duró aquel suplicio. Me salvó una voz interrogándome desde las sombras cuando ya se hacía densa la pesadilla. Despuntaba la luna.

—Pero ¿qué le pasa? ¿Está colgado?

Era Doroteo Lara, compañero tranquilo, calmoso y precavido, con quien me crié cavando cuevas de nutria, explorando arroyos, descubriendo nidos, y, ya más tarde, entrados en años, cazando venados y carpinchos o desplumando avestruces...

Sin aguardar respuesta, se ingenió para ofre-

cerme un punto de apoyo. Me descolgó del árbol como un poncho ensartado en una percha.

La luna nos miraba, un poco inclinada su cabezota. Regresamos al trote lento hacia las casas. Algunos animales que pastaban aprovechando la fresca levantaban la vista, nos miraban sin interrumpir su pausado rumiar, y volvían a arrancar el pasto haciendo sonar las raíces.

También la luna avanzaba al trote. Con el traqueteo me dolía atrozmente la articulación del codo, pero pude aguantar sin quejarme. Mi compañero salvador, con su silencio, me ofrecía una noble prueba de amistad: echar al olvido el mal paso. Nunca comentó mi aventura, un poco ridícula. Aquello era cosa de maturrango, andanzas de pueblero. Y un buen amigo se guarda siempre de recordar los fracasos de sus amigos. Tal vez —lo pienso ahora analizando el caso— procedió así por puro amor propio, pues no es conveniente tener aparceros chambones.

Los carpinteros de hoy día no hacen nidos tan profundos. De eso no tengo la menor duda... No volveré a caer en semejante trampa. Por otra parte, jamás podré comprobar si es posible quedarse colgado con el antebrazo metido en el tronco como un injerto. Mi puño, el de ahora, no entra en el nido, y esos pájaros trabajan menos. Además, como han caído en desuso las vigas de madera, me siento obligado a decir que

la naturaleza ha decretado que los árboles no crezcan como antes, cuando se utilizaban sus servicios. . . En esta forma quedo bien con mis semejantes, y, claro está, se rien de mí los pájaros y los árboles.

C A L A N D R I A S

Los animales, sobre todo los pájaros, sirven para probar el carácter de los hombres. Por sus reacciones se puede deducir la dureza o la blandura de un corazón humano. Difícilmente quien tiende una mirada tierna hacia un pájaro o permite que un perro lama su mano, es traidor o falso. Lo contrario ya no es tan verdadero y exacto. Pero es indudable que se pone a prueba el corazón de un hombre en el trato con los animales. Los pájaros gozan de un privilegio especial, casi a la par de los perros; pero nos falta saber si los demás seres de la creación lo tienen en cuenta. Es muy posible que no les importe un comino.

La privilegiada condición de que don Robustiano Casa —alias El Capitán— gozaba entre los mortales del Alto Uruguay, ésa sí la tenían en cuenta los prójimos de las inmediaciones. Como que para ellos era muchas veces un azote el tal don Robustiano.

No había otra justicia en cincuenta leguas a la redonda. Militar retirado, decía el —y, para algunos, cado de baja—, el hombre tenía montado un negocio de maderas. Y el lapacho le había endurecido el corazón en tal forma, que, sobre las jangadas, El Capitán parecía uno de esos tigres hambrientos traídos por la creciente sobre leños compactos de lianas, camalotes y sarandíes. El don de mando tiene un límite, tal como el filo en la vaina. Si sale de su cauce, hiere sin pensarlo, comete injusticias. Aquel hombre sabía manejar, más que el poder, el coraje.

No le interesaban a El Capitán los ecos de la selva ni las reyertas en el obraje ni las pendencias entre obrajeros fuera de su jurisdicción. Le entregaban los troncos ya listos para largarlos aguas abajo, perfectamente libres de las pestes. Madera comprada a tanto el metro cúbico y nada más.

El Capitán medía a ojo de buen cubero, con ambas manos en las cananas del arma. Le irritaba la más mínima duda sobre sus cálculos. Su puntería tenía mucho que ver con el régimen de sus negocios. Suprema autoridad en la mayoría de los casos, especulaba con la madera creyendo dominar el río, sobre cuyo lomo rodaban los troncos hacia el sur. Dos viajes por año, y don Robustiano se ajustaba el cinto.

Hombre recio, usaba un bigote de impresionante abundancia, por el que se hundía una

pipa negra. La pipa aun da jerarquía en los trópicos.

Pero a medida que descendía al sur, iba perdiendo personalidad, ablandándose en el trato. Salido de los límites de su región, El Capitán suavizaba sus modales, se ponía más humano y tolerante. La voz bajaba un tono, y un solo revólver amenazaba a la altura de su abdomen. Al bajar por el río, se diría que iba dejando entre los matorrales de la ribera arrogancia y desplantes.

Las jangadas se hacían con lentitud. Antes de incorporar a su propiedad los troncos comprobaba bien las marcas, estampadas con violentos marronzos, en cuyas cabezas alardeaba la inicial al hundirse en la pulpa de la corteza.

Ante una viga de nueve o diez mil kilos, don Robustiano empezaba a sentirse orgulloso, como si él hubiese abonado la tierra que alimentó al árbol. Era explicable su orgullo. Esos troncos, de proporciones extraordinarias, parece que la naturaleza los trajo al mundo para enorgullecer al hombre habitante de tierras tan feraces.

Y a medida que bajaba con sus vigas en rebaño —las más grandes—, crecía su satisfacción íntima ante la admiración de la gente de las regiones de flora raquítica por las que atravesaba.

Con sus jangadas descendía el Paraná pro-

bando siempre en los primeros puertos, pulsando mercados y precios.

Su trato se hacía más comercial, acomodado al ambiente. En el perdido y lejano norte imponía precios y medidas. Su despotismo era temido por quienes se aventuraban a comerciar con El Capitán. Sin embargo —cuentan algunos madereros—, precisamente por su modalidad y primitivo sistema de negociar, se le escapaban las liebres más gordas. Todo consistía en correr el riesgo de escalar su región. Riesgo de muerte, pues internaba a sus enemigos en la selva, y de allí no retornaban. Pero esto es historia ya relatada. Nada tiene que ver con las variantes de este gran mandón de ley aparte y código con pólvora. Sobre todo ahora, en que lo vemos bajar al sur...

A medida que marchaba río abajo descendían —como la columna de mercurio de un termómetro—, si no su valor, por lo menos sus arrestos. El miedo a la ley lo achicaba. Como el dedo en el guante, sufría ajustado en los primeros puertos, allí donde el hombre civilizado se siente un tanto seguro en la plataforma de sus leyes.

El Capitán comprendía entonces que el suelo flotante de la jangada podría zozobrar.

Su guapeza navegaba sobre las aguas de las crecientes amparada por las lunas propicias y las lluvias hinchadoras de afluentes de tierras

distantes. Sobre la jangada construía una choza, firme, de techo de ramas. Venían, él y sus guardaespaldas, camino de los mercados madereros, como un granjero y su ayudante marchan hacia la feria por la carretera.

Mil, dos mil vigas de urunday, cedro y lapacho, con sus panzas bajo el agua, bajaban lentamente por las corrientes ariscas. Masa compacta y recia, capaz de partir en dos a una embarcación de respetable calado. Por esa plataforma caminaba más seguro que en tierra El Capitán don Robustiano Casa. Amasándose los bigotes con la mano ruda, displicente a ratos, con su pipa apestando el aire. Dueño y señor de las aguas del río, gustaba jinetearlo en las grandes crecidas, cuando parecía indómito, sembrado de víboras, con un malón de resaca en sus entrañas. Observaba las costas. No perdía jamás la esperanza de **tropear** alguna viga desprendida de las jangadas de chambones. **Tropear** era sinónimo de robo, pero no importaba. En los callejones, la res extraviada también suele marchar en el entrevero de la tropa.

Venía su jangada en largos tirones, de sol a sol. Las poblaciones costeras se enteraban de su paso por el medio del río por el copete de la choza agobiada de ramazón.

Embicó en un sangrador asegurando bien la jangada. Bajó a tierra, pasó por el resguardo y vino al pueblo. Era un mercado de maderas

digno de tenerse en cuenta. El Capitán creyó poder aprovecharse y pidió mucho por sus vigas.

Alguien se encaprichó en comprarle una buena tanda, porque las necesitaba. Don Robustiano quiso especular sobre aquella urgencia. El negocio estaba a punto de realizarse, mas, sin poder evitarlo, se produjo una tremolina de todos los diablos. Discutieron acaloradamente las medidas de las maderas. Los pies no coincidían con los metros; los metros, con las varas. El comprador quería ceñirse al sistema métrico decimal. El Capitán, a la vara. Hasta que estalló la ira de don Robustiano, y amenazó de muerte, sin más ni más, al infeliz comerciante. Ambos de pie, en el borde de la jangada, tironeando de la cinta metálica. En un extremo, El Capitán; en el de la caja de enrollar, el comprador. Casi llegan a las manos. Se sabe que el hombre gritó, arrojando el metro:

—¡Yo no trato con salvajes que amenazan de muerte! ¡Prefiero dar por terminado el negocio!

Desapareció por el sangrador.

El Capitán miró las aguas. Corrían hacia el sur, hacia un brete, para un hombre de su catadura. Maldijo a la corriente. Ella sí podría irse entregando a muelles, puertos, dársenas. Si rumbeasen para el norte con la misma velocidad, sería otro cantar. Un tiro desde la chalana, y, después, el abandono en las aguas de la noche.

Se supo del incidente en el puéblo. La fama que traía consigo el maderero del norte no era injustificada. Se agrandó, en el chisme, la historia del encuentro, sobre todo por los aserraderos.

Pero esto no era lo peor para El Capitán. Existía un enemigo mucho más serio: el río. El río Paraná baja a grandes zancadas. Ya la mitad de las vigas, las más pesadas, se hundían en el barro. ¡Su gran compañero se le abría, como un falluto cualquiera! Ahora, en la desgracia.

Y tuvo que quedarse por mucho tiempo. Prefirió vivir en la choza antes que meterse en el brete del pueblo, cargado de gringos y matorrangos. Con sus guardaespaldas, desconfiados, se turnaban para dormir.

El Capitán era de pocas palabras, pero de mucha mirada. Maldecía con los ojos al tiempo, al río, a la gente toda. Y, más que a nadie, a esa ley acampada en el pueblo como un extranjero entremetido. En la jangada se respiraba aún aire de selva libérrima, y en el perímetro de su propiedad no dejaría subir ni a un guarda-costas.

Pero se le posaron en la choza unas calandrias. Porque dejaban colgada la carne en un gancho, los pájaros fueron poco a poco aquerenciándose con el sebo y el silencio. De rabia, El Capitán no los veía.

Era la época de poner, comienzos de la pri-

mavera. El peón las vió, como tantas veces, llegar con ramitas de espinillo para el nido. Venían por carne fresca a medio día y retribuían sus robos con algunos cantos, plateando el amañecer. El guardaespaldas, harto de la espera, encontró una distracción para su inactividad. Miraba las calandrias en su ir y venir en saltos acrobáticos y en sus vuelos de pájaros que parecen estar siempre aprendiendo a volar. Por sobre todas las cosas, el peón se entretenía pensando en lo que haría El Capitán al darse cuenta de la intromisión. Un día, de pronto, largaría la jangada aguas abajo. ¿Qué iba a pasar con las calandrias?

La imaginación del guardaespaldas se distraía jugando con las posibilidades. El Capitán, con el mate en la mano, sacaría el revólver y atravesaría el nido de un tiro. Quizás prefiriese matar por turno. Primero, la hembra. El sabía distinguirlos. Después, el macho. O, de un tiro, a los dos —proeza nada difícil para su puntería—. Quizá no llegase a descubrirlos, y lanzase la jangada aguas abajo, sin importarle las calandrias, como no había reparado en su canto al amanecer, ni protestado por las inmundicias que habían hecho los pájaros, tan abundantes en esa característica. . . El peón creyó que se podía enterar a don Robustiano, sobre todo de una cosa tan poco frecuente. ¡Un nido en una jangada! ¡Como no fuese la madriguera de alguna gata

montés con cachorros! Pero un nido, no había visto jamás, como tampoco una jangada detenida por el capricho de un hombre que tal vez estuviese premeditando una canallada.

El caso era para meditarlo. Así llegó a imaginar a las calandrias volando sobre la jangada en pos de un nido. Porque él, más de una vez, había nadado aguas abajo tras alguna pilcha de su rancho robada por la creciente. Las calandrias desplegarían sus colas en abanico para planear en el medio del río, por encima de la jangada en marcha. Sería cosa digna de verse. En realidad, bien podían seguir con ellos. Carne tendrían en abundancia. Sosiego. Calma. Algunos gusanitos en la madera, para variar. Hormigas. Sí, hormigas de ésas que viven en los troncos. Uno pisa en ellos, los sumerge, y, ¡zas!, el hormiguero trepa por las piernas del que está cerca. Más de una vez se vió con una pollera de hormigas de la cintura a los pies.

Creía haber agotado las suposiciones sobre el destino de las calandrias. Sólo le quedaba una, que estuvo en sus manos: el de no dejarles hacer nido. Pero perdía el entretenimiento. . .

El Capitán mantenía su odio a las gentes del pueblo. Lo habían reducido a cero; a un hombre sobre una jangada. Tenía que marchar al sur para venderla. Vió alterado el orden de las cosas. Las estaciones, el tiempo de los negocios, iban a cambiar en forma absurda. Todo por no

haber despachado para el otro mundo al insolente que se permitió dudar de la equidad de sus medidas. Aguas abajo, ya debía marchar el deslenguado.

Sus planes cambiaban fundamentalmente. Ahora se le agriaba la venganza. De una magnífica jangada podía resultarle un clavo, o algo peor; algo que lo colocaría ante el comercio en general como un tipo que marcha a destiempo, descarrilado.

Y el Capitán ignoraba que una última complicación se le presentaría en las vísperas de su viaje. Nadie lo hubiese sospechado. Los planes de un hombre de su envergadura, sorprendidos, alterados por algo pueril, insignificante.

El peón recibió órdenes para recolectar gente y arrastrar la jangada hasta ponerla a flote. Un trabajo como cualquiera y en el que don Robustiano intervendría, sin vanos escrúpulos de patrón.

El terreno húmedo favorecía la operación. Tuvieron que deshacer la jangada, dividirla en cinco o diez partes, sin peones expertos, a contrapelo. Y se levantaba el asombro de la gente ante tamañas vigas de cedro y lapacho.

Succionando su pipa, el Capitán del norte ahogaba improperios. No podía olvidar dónde se hallaba. Linde de las tierras malditas para él, manejadas por los códigos.

Les tocó el turno a las grandes vigas, sobre

las cuales reposaba el rancho improvisado, donde las calandrias sacudían sus colas dando saltos epilépticos.

El Capitán se quedó un momento absorto. Arrancó de sus dientes la incrustada pipa. Su diestra aplastaba los bigotes, como si quisiese aplacar las iras de las crines de un chanco salvaje.

—¿Vió el nido, mi patrón? —preguntó el guardaespaldas.

—Sí, lo vi... —Y titubeó. —Lo vi... Dejé esas vigas para lo último.

La peonada siguió en su trabajo. ¿Qué iba a pasar? “Buen blanco para un Colt de caño largo, a cien metros más o menos” —pensó el peón.

Don Robustiano Casa miró para el pueblo, que recibía de lleno el sol de medio día en la faz de su rosado caserío.

Al dar término al trabajo, se acercó el guardaespaldas. El Capitán se hallaba sentado sobre una de las vigas en ese momento. El agua del río jugaba con el pedregullo de la ribera. Salpicaba de cuando en cuando el coletazo de alguna tararira. Las calandrias daban saltos en el ramaje, persiguiendo arañas y gorjeando a un tiempo.

Don Robustiano miraba mucho para el lado del pueblo. Tramaba algo. Buscaba en el cercano horizonte una solución, un sitio preciso para ha-

cer puntería, para lanzar una blasfemia. Llamó al guardacostas y le dijo:

—Mirá, che, te dejo esas dos vigas. Una para cada calandria. Si las podés vender a alguno de esos gringos te llevás una buena comisión.

No sabemos qué más dijo, porque se encajó la pipa en la boca, en la selva de su boca violenta. Un oído fino habría escuchado este epílogo, que se ausentaba río abajo, en el áspero amor propio herido de un hombre del norte:

—¡A ver si alguno de esos mequetrefes es capaz de abandonar dos vigas para no trastornar la vida de un casal de calandrias!

Y se largó aguas abajo, ajustando las riendas de su jangada, dura de boca, como un potro cualquiera.

H O R N E R O S

Pedro Lima firmó en el libro de salidas del hospital un garabato matero. Atravesó el viejo patio, plagado de gorriones. Y la calle seca, áspera. Anduvo hacia las afueras del pueblo en busca de su tordillo.

Lo habían cosido a puñaladas al caer en la picada de Tangarupá. Salió del hospital con una costura en el lado izquierdo y cicatrices de tajos chamboneados —de refilón— en la cabeza y la cara.

Enderezó para Saucedo, a juntarse con su prometida. Sentía aún, a pesar de todo, el calor de sus labios. Y la promesa de casarse el quince de abril le empujaba hacia ella.

Cuando le dieron de alta, los almanaques eran campanas que hacían vibrar el aire. Primero, el gran almanaque de la administración del hospital. Luego, los que le salieron al cruce en los almacenes. Quince de abril, como un llamado a la realidad.

Iba a darle una sorpresa a Isabelita apareciendo en la fecha fijada, ya curado y resuelto a recoger su compromiso.

A medida que avanzaba por el camino, el viento le iba despejando la memoria. En la cama del hospital, con la fiebre, no veía muy claro ese lapso de tres horas pasado en Saucedo el día de la pelea.

En verdad, todo se le presentaba confuso, como en mañana de cerrazón. Pero, eso sí, los besos de Isabelita, la promesa de la muchacha y un frasco de agua florida estaban muy bien precisados en su memoria. Claro que más de una vez, durante la cura, se extrañó de la facilidad con que besó a Isabelita, la más hermosa y codiciada de Saucedo. Por momentos llegó a dudar de la veracidad de lo relacionado con la fecha, convenida nada menos que para casarse. Pero pensó que eran cosas del amor. Para él no hay leyes ni temporadas. Lo más disparatado cabe en tales acuerdos. Jamás se le ocurrió, en los veinte años de su vida en el Paso de las Piedras, que acercándose un día, sólo un día, a Saucedo, a donde iba de cuando en cuando, iba a poder conquistar a Isabelita y fijar fecha para santiguar el amor. Le parecía un poco raro todo aquello.

Lo cierto es que marchaba a cumplir con su palabra. Saucedo, metido en el horizonte, aparecía más o menos a las diez de la mañana.

Trotaba por el camino. Al enfrentar el gran portón de una estancia, vió en la punta de un palo un nido de horneros. El nido en sí no le dijo nada, pero el canto frenético de los pájaros le sonó a golpes desesperados en la puerta de su rancho, como si intentaran despertarlo. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que el trinar de la pareja de horneros envolvía las escenas vividas con Isabel. Como traen a la memoria los perfumes el recuerdo de los acontecimientos gratos, el canto le hacía ver con más claridad el amor y la promesa. Estaba su memoria toda punteada de alarmas de horneros.

Y así fue, camino adelante, en alas de esos pájaros laboriosos y alegres.

Saucedo manchó el horizonte de gris. Paja y barro, barro y paja. Cumbreras de ranchos en fila. Grises paredes de terrón.

Conocía el rancherío. No obstante, al entrar por el lado de la ciudad, algunas viviendas le salían al cruce antes que otras. En las pesadillas de la fiebre había desfigurado el "poblao".

El rancho de Isabelita era de barro, pero barro de nido de hornero, fino, limpio, pulido. Ella no se hallaba en la casa. Andaba por el arroyo, lavando. Que se esperase un rato, le dijo la madre.

Lima la esperó, haciendo garabatos en el suelo polvoriento con la azotera del rebenque. Escribía la fecha.

Intentó varias veces conversar con la madre de su prometida. Era una viejita sin memoria ya, alucinada por la vejez. No estaba enterada de nada. Peor aún, no se entendían. Lima mencionaba el día en que los dejaron solos, a él y a la muchacha, en el rancho. Y la vieja lo miró fijamente. Quiso hablar de sus amores, de la fecha, y la madre de Isabelita le contestaba cosas ajenas al hecho. La vieja divagaba, no cabía duda. Cosas de la vejez. Era mejor callarse y aguardar la vuelta de Isabelita, que ya subía la ladera con un atado de ropas en la cabeza.

El alegrón que le iba a dar; la sorpresa de aparecer justo el día convenido.

Isabelita llegó. Pedro Lima se adelantó a saludarla. Con el atado de ropa en la cabeza, sosteniéndolo con su mano izquierda, tendió la derecha. Al hacer equilibrio, sonreía satisfecha... Se rozaron las manos apenas.

—¡Cuánto tiempo sin verlo! —le dijo ella.

—Costó curarme las puñaladas —respondió Lima—, pero vengo nada menos que el quince, como me lo pediste.

Isabelita, extrañada, frunció el ceño. Al parecer, se mostraba ajena a las medias palabras de Lima.

—Mirá, las heridas se cerraron pa la fecha... —agregó ante el silencio extraño. —¡Dios nos ayuda!

En vano insistir. La muchacha pestañeaba

como quien busca ver claro en esas mañanas en que la neblina se mete en las pestañas.

—Pero, ¿entonces te olvidaste de todo? —dijo Pedro Lima. —¿De todo...? ¡Caray!

Isabelita no lo tuteaba. A una distancia molesta para Pedro, lo miraba como a bicho raro. La vieja, pelando papas, en cuclillas, mostraba una sonrisa tan filosa como el cuchillo.

Madre e hija se miraron, sin comprender. A Lima le dio vergüenza. Montó a caballo, y, desde arriba, dobló apenas el ala del chambergo, en un saludo cortante.

El galope dejó una nubecita entre los ranchos. Isabel encontró tan lindo al mozo, así herido, víctima de una pelea a cuchillo, que una ola de amargura le invadió el pecho.

Todo esto es muy sencillo, son muy pocas palabras. Tan natural, bajo el techo petiso del rancho, como el vuelo de un hornero que apenas despega de la tierra.

* * *

Pedro Lima se corrió hasta la pulpería. Entre las cosas que, según su memoria, había hecho aquel día memorable, recordó la visita al pulpero. Pero el amigo, cuando se asomó al mostrador, se puso a gritar de contento. ¡Cuánto tiempo que no le veían por allí! Casi seis meses. Pedro le dijo que no, que precisamente hacían tres. Para el Carnaval, estuvo en Saucedo. ¿No lo recordaban? Hizo un compromiso, dio palabra

de hombre, y hasta había comprado en esa pulpería un frasco de perfume. Que hiciesen un poco de memoria...

—Estás loco, muchacho —le dijo el pulpero. —¡Yo no tengo agua de olor desde 1904! ¡Cuando la revolución los coloraus me pelaron el último frasco! Tamién eran raspas entonces...

Lima volvió a montar su pingo. Al volar la pierna, dos horneros salieron violentamente de un paraíso. Detenidos en la cumbre del rancho de la pulpería, levantaron hacia el mediodía las doradas flechitas de sus cantos. Cantaban tanto, tanto, que parecía que no les iba a quedar ni las plumas. Se achicaban cantando.

Y, otra vez, galope largo y nube de polvo a las espaldas. Ahora, hacia Tangarupá, de regreso al Paso de las Piedras de Arapey.

—¡Debe haber quedau medio mal de la cabeza! —sentenció el pulpero.

Entonces, don Paulino, un viejo baqueano, medio curandero también, en alpargatas bigotudas, bombacha remendada, chambergo curtido por la intemperie, tomó la palabra. Salía de un rincón del local, desde donde semblanteó a Lima. Según el viejo, Lima no se había vuelto loco.

—Hay que oservar la vida —dijo lentamente —pa dispué hablar. Ese mozo no tiene traza e loco. Yo sé muy bien lo que le aconteció.

Tres o cuatro paisanos curiosos, con el pulpero, se acercaron a don Paulino. El viejo ha-

blaba siempre poco, como buen baqueano, para no extraviarse. Cuando lo hacía, era para servir a una causa noble: acomodar algún asunto, desenredar una madeja, curar un mal. Sabía tanto de la vida de los pájaros como de los cristianos. O más, pues sostenía que los hombres inventaron a los pájaros. Parecía mentira su sabiduría. Pero tenían que creerle, pues él daba explicaciones, solucionaba problemas...

En el caso de Pedro Lima les llevaba una ventaja. Don Paulino fue quien descubrió con los mensuales de La Chiquita el cuerpo herido del muchacho. Y no lo hubiesen encontrado sin la colaboración eficaz de los horneros. Su grito de alarma les dio la pista entre el pajonal. Es sabido que estos pájaros son capaces de anunciar los terremotos más distantes y de pegar tanto grito ante la presencia de una víbora en un jardín, que cualquier maturrango aprende enseñada a utilizarlos. Don Paulino descubrió al herido gracias a los horneros. Los pájaros vieron el hilo de sangre que, como una víbora roja, se alejaba de un costado de la víctima. Y avisaron al hombre.

—Yo les voy a decir lo que pasó. Si quieren saberlo, escuchen. Si no lo creen, pa mí es lo mesmo.

Y sin mayor acomodo de su persona, chicotando el empeine de su pie curtido —bota de

cuero de su propia piel—, les dijo más o menos esto:

—La agonía del cristiano va muy lejos... Unos poquitos minutos de boqueo y el resueyo final alcanzan pa vivir a veces un año pa adelante. El cristiano se va de la tierra pa el otro mundo, y como le cuesta dejar la vida, poquito a poquito va viviendo lo que pensaba hacer. En ocasiones, hasta un año pa adelante, ¿me entienden? Y hay quien dice que despué de muerto entuavía sigue mucho tiempo pensando que anda entre los vivos. El cristiano, pa agonizar, es muy duro, y en la agonía avanza nomás, ¡meta leña a su pingo como si nada hubiese pasau! Por eso, los pocos cristianos que güelven a la vida —son contaus— andan despué rilatando cosas raras. Lo que le pasó a Lima yo lo sé muy bien. El pobrecito estaba muriéndose. Lo salvaron los horneros. Si eyos no gritan, no descubrimos al disgraciau entre la totora. Andábamos con Adán y Florentino, los mensuales de don Lito, y lo levantamos de la tierra. Ya no le quedaba más sangre que derramar. Y los pajaritos le hacían compañía mientras Pedro Lima se iba muriendo. En la agonía, Lima hizo el camino que tenía pensau hacer. Vino medio soñando a comprar un frasco de agua florida. Se ganó en Saucedo, se metió en el rancho de la Isabelita, ésa que los tiene a todos medios bobos. Hizo todo esto, acompañau por los golpecitos que metían en el aire

los horneros. Y aura, el pobre, viene a recoger su cosecha, a cumplir su palabra. Si estuviese muerto de verdá, sería una aparición. Como está vivo, le yaman loco los que no entienden de estas cosas...”

Y levantando en el aire, con los rugosos dedos de su diestra, las hebras de tabaco amarillo que eran un lujo en su mano izquierda, agregó:

—¡Siguramente, no me entenderán!... Pior pa usted.

Olió el tabaco, levantó la cabeza y se quedó mirando campo afuera. Los paisanos enmudecieron. El cielo estaba lleno de pájaros.

T E R O S

Aquella tarde el arroyo recogía todo el cansancio de la tierra y lo llevaba aguas abajo, envuelto en el bochorno de la siesta. Apearse del caballo y aspirar en la costa la brisa que corre por sobre los camalotes, es un goce infinito. Para poder disfrutarlo profundamente, acudí al recuerdo de algunas tardes marchitas, prisioneras de los muros de una gran ciudad.

El bote iba a la deriva. Las nubes habían bajado al agua y se las tocaba con la punta de los dedos. Andaban pájaros por los árboles averiguando cosas de la fronda. Y los árboles hacían acrobacias, reflejados en la superficie ondulada por nuestra presencia.

La sensación suicida de la sangría de una vena vital —se me ocurrió— debe de parecerse mucho al deslizarse de un bote a la deriva orillando una vegetación acuática. Seguramente, ambos desvanecimientos se parecen.

Yo navegaba de espaldas a la proa. Liliana

tenía quince años, un sombrero de paja y una tableada falda azul. Me iba diciendo que el domingo era un libro abierto; que los pobres de Colinas eran sensibles a la belleza; que por esa razón iban a la iglesia a contemplar el dorado de los altares y de los santos y a dejarse embellecer por los vitrales; que la religión era la poesía de los pobres. Aseguró que los domingos la gente encuentra temas espirituales, difíciles de hallar en el curso de la semana; de esas semanas llenas de sementeras, sembrados y semillas. Los domingos las muchachas hablan de amor, se dan explicaciones tontas.

—¿Por qué tontas? —pregunté.

—Porque... ¡Nadie sabe nada de eso!

Liliana queda muy bien en la timonera del bote, sorteando a su arbitrio los camalotes, partiendo las copas de los árboles y dividiendo las nubes, dilatándolas con una leve inclinación del cuerpo, a babor o a estribor.

Liliana es hermosa y es tierna. El vuelo de los pájaros le enciende las pupilas. Sobre todo el de los teros, porque nunca se sabe hacia dónde van. La paloma que regresa de las eras no se entretiene en el camino. Ni el pato silvestre, que vuela como si llevase un mensaje. No. El tero, decididamente, tiene muy en cuenta la presencia del hombre. Como se propone engañarlo, no puede vivir sin él.

—Esta mañana, apenas seguí la misa —dijo

Liliana al bajar los ojos del cielo de arriba al cristalino de abajo—. Sobre nuestra casa, por un ventanal roto, veía volar un tero que no deja vivir tranquilos a los que tenemos en el jardín.

Liliana cuida celosamente a una pareja de teros en cautividad; un casal que disfruta del estanque del parque, sobre todo en las últimas horas del atardecer. La pareja se siente muy a gusto, después de tres años de residencia en el jardín. Pero todas las primaveras, desde el cielo, aparece un tero y los incita a la rebelión. Vuela silencioso a ras de los árboles y acaba por expresarse con gritos apasionados y estridentes luego de planear en silencio durante unos minutos, como si quisiera entrar en secreta comunicación con alguno de sus congéneres.

Esto es cuanto ha podido observar la niña.

—Algún día tendremos pichones —continuó Liliana—, porque el año pasado la terita puso tres huevos. Pero, no sé por qué, terminaron cubiertos de tierra, perdidos entre las piedras.

El lector que haya hecho preguntas apremiantes, tirado en la proa de una pequeña embarcación, de cara al firmamento y bogando a la deriva, sólo ese lector imaginará la frescura de las respuestas de una niña sentada en la popa, con un fondo de juncos que iba dibujando a sus espaldas un biombo de un verde amarillo, desvanecido. Sus palabras tenían olor, porque Liliana había comido naranjas con las manos y, a

cada movimiento, la brisa favorable multiplicaba la gracia de sus dedos.

—Ha de ser un tero rebelde... Pero --ar-guye con dudas en la voz—, ¿acaso no son felices en el jardín, sacudiendo sus patitas nerviosamente para que las arañas que tienden sus telas entre las hierbas los confundan con las moscas?

Yo no había reparado en ese detalle. Me entretenían las piruetas del tero, pero no lo creía tan ducho en cacerías de arácnidos. Liliana prosiguió:

—Viven felices, te lo aseguro. Y estarían más conformes aún si ese aventurero no los llamase desde el cielo, haciendo el elogio de la libertad.

Quedó pensativa. Luego dijo con aire melancólico, apartando con sus manos una rama de sauce:

—De todas maneras, ya no pueden volar. Los dos tienen un ala quebrada. Confieso que ahora, al decírtelo, se me parte el alma.

Entre los dedos verdeaba una hoja de árbol. El bote se deslizaba por un recodo. La curva precipitó la marcha, y entonces yo aproveché para formularle algunas preguntas más: ¿Había visto al tero libre bajar hasta el estanque? Cuando el pájaro se acercaba al jardín, ¿alguno de los cautivos corría en dirección al agua, como si

se hubiesen citado? Insistí sobre este detalle porque era de capital importancia para mí.

—Sí, sí —respondió Liliana con alegría—. Una vez el intruso bajó hasta el borde del estanque. Pero el otro tero lo corrió tanto, que abandoné mi escondite y lo ayudé a espantarlo. Levantó el vuelo y no regresó por un buen tiempo. Ahora creo que vuelve a insistir. Lo he visto por el ventanal de la iglesia. Veremos qué pasa hoy a la entrada del sol.

La estela del bote era tan suave que se borraba de súbito para que el arroyo pudiese ordenar las nubes reflejadas en la superficie. Yo comprendí que las palabras de Liliana se borraban de su memoria con un ritmo semejante. Acababa de decir que uno de sus teros perseguía al intruso, y no sabía relacionar sus observaciones. No iba más allá del descubrimiento de unas patitas ágiles, capaces de simular la presencia de una mosca en la tela de la araña.

¡Qué lento corría el paisaje a derecha e izquierda! Los ojos de Liliana, ¿verían desde la proa las mismas cosas que yo? Para ella, nada más que el vuelo de los pájaros, las nubes navegando, la vibración de los juncos y su rostro reflejado en las aguas.

Yo sabía que los teros cumplen sus amores a ras de las lagunas, siempre en vuelo, siempre cerca del agua. Yo sabía, además, por qué resultaron estériles los huevos de la terita cautiva. Y

sabía, sobre todo, qué desgarrado grito de horror lanzaba el tero inválido ante la proximidad del que venía de los cielos. Sabía tanto de ese horror, que por eso comparaba el bogar a la deriva con el derramarse de la sangre abierta para siempre.

Pero los dulces ojos de Liliana estaban tan distantes de las orillas de la tierra, de las orillas de los pájaros, de todas las orillas, que me guardé muy bien de ilustrarla sobre el particular. Ella llegaría a saber ésas y muchas otras cosas. alguna tarde, lejos de mis orillas, en algún puerto de mariposas y luciérnagas, para olvidarlo todo, después, en otro puerto sin mariposas y sin luciérnagas.

Cuando el bote atracó, ella bajó a tierra de un salto. Montó precipitadamente a su caballo y dejó que el galope se perdiese sobre el llano. No estoy seguro de si me dijo que iba a observar la aventura del tero en libertad.

Yo me quedé dormido, boca arriba hasta que brilló la primera estrella.

T O R D O S

No podría decir, a ciencia cierta, quién se lo llevó. Porque alejarse de mi lado no se acostumbra entre nosotros. Cuando nos unimos, jamás nos separamos. Deben de haberlo matado. Como de nada vale su muerte, el hecho es por demás perverso. Nosotros no servimos para nada. Nadie gana con cazarnos ni tenernos enjaulados. De manera que debe de haberse deshecho contra el radiador de algún automóvil. Cuando comemos demasiado, escapamos milagrosamente de los monstruos que andan a gran velocidad. Estara por ahí, polvoriento, esperando que las hormigas lo vengán a limpiar por dentro. Mejor no verlo. Mejor es seguir empollando los huevos que no pude dejar de poner y que yo sé que no serán fecundos. Trabajamos a la par muchos días y pronto terminamos la casita porque después de una lluvia larga, salió el sol a darnos una mano. Nunca pudimos imaginar que en tan corto plazo terminaríamos nuestro nido. Un nido bien cla-

vado entre dos ramas que no se movieron en el último temporal. La mejor horqueta de todo el jardín. Y todo ¿para qué? Para que él desapareciese una mañana que salió a recoger cerda por el campo. Lo vi a mediodía darse el gusto en unos desperdicios de caballo en la carretera polvorienta. Esa fue la última vez.

No dejaré mis huevos sin darles calor. Yo sé que no tiene sentido pasarme la mañana entera sobre este recuerdo de felices momentos. Pero ¡qué le vamos hacer! Soy hornera y cumplo con mi deber. He puesto dos huevos, lo sé, pero como estoy muy aturdida, a veces veo cuatro, como si mi compañero viviese, como si no lo hubiesen matado; agacho la cabeza y me quedo quieta, sin ganas de comer ni de dar alaridos de alegría como corresponde a nuestros días de euforia, como lo haría una hornera dichosa con su compañero a la vista. No hay más remedio que hacer doble trabajo porque no tengo quien tome el turno de la tarde. Bajo más aún la cabeza, la achato contra el barro que él también trabajó y soporto el calor doblando las horas de sueño.

No soy feliz. Cuando sienta que bajo mis patitas empiece a moverse algo, pasará días muy tristes porque deberé convencerme que es una ilusión, de que no es posible que estos huevos que tengo bajo mi cuerpo puedan dar otras vidas. No. Será ilusión pero soportaré la ilusión. Ayer sentí que los huevos se movieron por su cuenta. Dos

de ellos estaban casi fríos, y los otros restantes, calentitos. Me dije: "Sigue la ilusión". Imposible que vengan otras vidas a alegrar nuestro nido. Imposible. Pero poco a poco tuve que convencerme de que la ilusión de ver doble también hacía frágil la cáscara de dos huevos y que debía, aunque no lo quisiera, aceptar un milagro. Sólo un milagro podía darle vida a mis huevos y él se cumplía, inexorablemente. Debí separarme dos o tres veces para dar mayor crédito. Dos pichones empezaban a pedir comida y sonaba la hora de salir a volar y volar y volar, hasta caer rendida y tener que sofocar los chillidos con las plumas metidas en los picos insaciables.

Y así sucedió. Salí a buscar qué comer. Canté como una tonta a la entrada del horno y como nadie me replicó miré a un lado y otro y descargué mi pico en el hambriento más cercano. No podía permitirme la menor pausa porque al hallarme sola tenía que cumplir el trabajo de dos. Subía con cargas de hormigas y lombrices que me enorgullecían. A poco trecho un hombre araba para mí. La tierra estaba fresca y gorda. Arañas aquí, arañas allá. Nunca encontré tan abundantes recursos.

Crecieron robustos mis dos pichones milagrosos. Cosas de los milagros, pensaba, esto de desfigurar la realidad. Emplumaron rápidamente, llenando el nido, pero de un color que no me gustó. Eran negros y mi plumaje contrastaba

con el de ellos, hasta darme cierta vergüenza. Así, cuando empezaron a aletear, me alejé del nido y esperé un momento para ver qué hacían. Cayeron a tierra como lo habría hecho uno de mi familia. Me dió miedo el ala negra que abrieron. El golpe pudo ser mortal, pero ellos, muy campantes, me siguieron pidiendo comida. Guarecidos entre unas ramas secas, el uno al lado del otro, esperaron mi ayuda para alimentarse. Caían en los gañotes abiertos hormigas y lombrices. Y los días pasaron sin que me dejaran descansar un instante. Aprendieron a seguirme. Uno de ellos se atracó con una hormiga voladora y lo dejé sin ayuda para que aprendiese a conocer el mundo.

Hasta que me di cuenta de que llegarían las lluvias y que un temporal nos bañaría los campos. Llovió gloriosamente. Yo agradecí al cielo con mis mejores trinos. Agitaba las alas, dichosa como nunca lo fui con mi compañero. Pero los pichones del milagro se metieron abajo de un alero y desde allí clamaban por comida. Me resultaron repugnantes con sus trajes mojados, con sus colas caídas y despeinados, sin saber disfrutar del aguacero. No dieron ni un solo grito de felicidad. Eran un indigno milagro.

Comprendí que nada tenían que ver con nosotros. Que el milagro se habría cumplido, sí, para mi dicha de madre fracasada. Pero compro-

bé que los milagros no son tan lindos como los pintan.

Bajo la lluvia encontré a un compañero solitario. Empezamos a construir una nueva casa bajo el chaparrón. No me pregunten por los pájaros milagrosos. Ahora que tengo un compañero, les diré que eran cobardes y no amaban la lluvia. Por mí, que se mueran.

LOS CHINGOLOS

No es cierto que se obtenga la absoluta soledad. Nadie consigue estar solo, totalmente solo. Conciencia, recuerdos, remordimientos y extraños seres invisibles se ponen estratégicamente a nuestro lado. Máxime si nos dedicamos a la observación sin descanso, la que no nos deja ni un segundo inactivos. Quien contempla tal vez logre un perfecto aislamiento. Pero el observador nunca está solo.

Tres primaveras se han sucedido, y casi se han repetido los que llamaré "casos del jardín o hechos de la huerta". Regresaron los mixtos, y supongo que la misma pareja vuelve a anidar en el tubo del desagüe que mira al norte. Sin duda tiene alguna vuelta, que desconozco, donde no les molesta el agua. Y han regresado, tan cautos como siempre, los chingolos. El año pasado bastó colocar el dedo en el nido para que lo abandonaran. Pero los nidos de chingolo en mi casa suman cuatro. Tengo por lo tanto otras

tantas mirillas para asomarme a la vida del receloso pajarito. En el intrincado jazminero incubaron sus pichones el año pasado. Y las ratoneiras, en el hueco que tiene una vieja cariátide en sus espaldas. Un curioso cáncer cubierto por rabiosa hiedra, donde iniciaron sus armas las primeras tacuaritas de la casa. Pero esta vez los chingolos se hicieron dueños de toda mi atención, polarizando las miradas, que tuve como imantadas para no desperdiciar ningún detalle de la vida conyugal de los chingolos. Cientos de páginas podrían escribirse, y sin duda se escribirán. Algún día, sobre la vida de una pareja de chingolos, desde la primera hierba seca llevada en el pico hasta la cerda arrancada de alguna cola de caballo viejo. Un libro podría escribirse, y muy ameno por cierto. Pero el espacio está tan caro como el papel. Y tenemos que contar nuestro trabajo secreto desde el día de los dos huevitos en el círculo perfecto del nido hasta el nacimiento y la pubertad de los chingolos. Las larvas que caen en el pico de estos pantagruélicos pichones, más bien dicho en el buche inmensamente expuesto a la generosa entrega paterna, en cada jornada duplican, en volumen, el nido que protege a la pareja de chingolos recién salidos de la cáscara.

Es mentira que uno se siente solo observando estos hechos nimios. Es un embuste. No estamos solos. No sé quién nos acompaña: pero,

evidentemente, no nos hallamos en absoluta soledad.

El ir y venir de los chingolos para alimentar a sus pichones es una tarea tan extraordinaria que es imposible creer que sin recompensa alguna, estos bichitos del Señor trabajen tan desesperadamente. Tal idea no abandona mi cabeza. Deben de tener un interés muy grande. No es a punta de instinto que se alejan mil veces y mil veces vuelven, infaliblemente, con algo en el pico. Además de haber engullido algún insecto vivo que se mostraba demasiado inquieto y que hubo que tragar de apuro. Lo cierto es que en pocos días vienen las plumas, se hace espeso el chirrido, los pedigüños insisten y una tarde o una mañana, quizás con el sol, se dejan caer del nido en sus paracaídas, con bastante torpeza.

Ya en el suelo van de un lado a otro a pasitos seguros de sus dos patitas, rígidas y elásticas a un tiempo. Y los vemos perfilarse, adquirir fisonomía, tomar actitudes de adultos. Nos fastidia un poco que, ya emplumados, sean tan cargosos para con sus progenitores y los hagan volar de la mañana a la noche, vaya a saber corriendo qué riesgos, para atrapar la mosca o la semilla. Abren el pico y se dejan alimentar vergonzosamente. Pero ya se descubre quién es quién. Es decir, quién el macho y quién la hembra. Su copetito el uno; su mustia belleza im-

perceptible la otra. Pero algo sucede, por demás desconcertante. El chingolo padre ha elegido a su hija para alimentar; es decir, es la pichona la que espera de él la semilla, y la recibe en forma idílica; y la chingola madre no descuida un segundo a su pequeño, con un celo verdaderamente extraño. “Complejo de Edipo” —pienso, sin dar mayor importancia a los pensamientos, en la chingola hembra, que es quien alimenta cuidadosamente al machito, inadaptado o simulador de exageradas necesidades para la nutrición. Cuando su madre se aleja, también pica él alguna hierba. De manera que una y otro se exceden en mantener bien alimentados a esos dos granujas, de los que me siento el padrino inconfesable. La chingolita goza de los favores del chingolo padre. Y el chingolito, todavía impúber, espera los favores de la chingola, que va y viene sin cesar.

Observo hasta el límite. Hay una permanente relación entre uno y otro progenitor, sin equívocos. La madre por el hijo; el padre por la hija. Hasta que una tarde desaparecen del jardín.

“Sí —me dice una voz, esa voz que no me deja solo—. Sí, se van en pareja, a perpetuar la especie. Se van y quizás vuelvan en la primavera próxima. Se van a afirmar su progenie de chingolos”.

—Entonces —pregunto yo— ¿los pájaros son?...

—Claro, claro... Lo está por decir usted. Para nosotros, incestuosos.

EL MAYORAL

Por encima del cerco de ladrillos se asomaba el techo de la diligencia, curtido de intemperie. Si el muro no arquease su lomo todo erizado de vidrios, Mariquita Núñez se habría trepado a espiar. En el corralón resonaban las botas del mayoral chocando en el pedregullo. Sus pasos podían oírse desde la calle solitaria, tendida al cielo de la medianoche. Cualquier vecino trasnochador que la descubriese, ya tendría un tema de comentario. ¡Nada menos que Mariquita Núñez, a esas horas, con una carta en la mano, esperando la partida de la diligencia!...

Volvió sobre sus pasos y se metió en el zaguán de su casa. Desde allí iba a guiarse por los ruidos y, así, a calcular el momento. Mientras ataban a los caballos era imprudencia molestar a la gente. Ella conocía los nombres de los caballos y la costumbre del mayoral de irlos nombrando, entre silbido y silbido, a medida que les colocaba los arreos. Cuando él callaba, tomaba la palabra Gurí, el cuarteador. Diálogos entre los dos no se establecían.

El ruido de los arreos y el de las herraduras de los caballos guiarían a Mariquita. Los gallos del vecindario anudaban con su canto los espacios del silencio nocturno. Caía una pechera; sonaba un freno; las argollas de acero tintineaban; un caballo caminó arrastrando los tiros por el pedregal.

Mariquita solía despertarse con aquellos ruidos familiares, y volvía a dormirse cuando el rodar de la diligencia se perdía en la noche. Desde su cama, con el oído afinado, según sus cálculos, podía seguir a la diligencia hasta unas treinta cuadras. Con el último eco de un latigazo, entraba en el sueño. Los ejes, en ocasiones chirriantes —pero muy pocas veces—, le ayudaban a seguir a la diligencia, que llevaba su carta de novia en la maleta, apretadita entre paquetes de diarios y sobres comerciales.

Era buen mozo el mayoral, y uno de los hombres más fuertes que ella había visto. Muy amigo de su novio... La carta iba segura. Se llamaba Blas, un nombre bueno para gritarlo si el hombre se perdía a la distancia.

Mariquita Núñez en el zaguán manteníase atenta también a los ruidos de su casa... Si su madre la sorprendía desvelada y en la puerta de calle, podía poner punto final a su correspondencia. Sus padres sabían que su novio, después de una ausencia de un año, respondió de mala gana a una que otra carta y, al último, a

espaciadas tarjetas postales, para enmudecer al fin... El amor propio de Mariquita era tan grande, que continuaba escribiéndole para no oír que hablar a la gente. En cada diligencia iba una carta. Su madre, anciana maliciosa y con muy buena memoria de su mocedad, no comprendía qué podía decir su hija en aquellas misivas, que no le tomaban más de dos minutos en redactarlas. Comprobó, con verdadero estupor, que en la caja de papel de escribir sólo mermaban los sobres.

Las partidas de la diligencia estaban fijadas, en verano, más allá de la medianoche. El correo cerraba la maleta a las seis de la tarde. Y en la casa de comercio donde Mariquita depositaba su correspondencia, siempre hallaba a Blas conversando de bueyes perdidos. Muchas veces, el encargado de sellar las estampillas —un viejo de buen humor— habíase permitido darle bromas referentes a sus cartas. Mariquita, que se sentía orgullosa de su fidelidad y constancia amorosas, descubrió que aquellos hombres estaban intrigados con su correspondencia. Cada uno —se decía ella— imaginará a su modo los términos de mis cartas. El bromista estafetero, en una forma; Blas, en otra; también hacía soñar al dependiente... ¡Qué darían ellos por leer una carilla, una frase de sus cartas de amor!... Nunca tuvo miedo de que le violasen la correspondencia. Era difícil hacerlo, con los dibujos y rúbricas que

agregaba en el cierre de los sobres. Además, el mayoral era el amigo íntimo que tenía su novio en el pueblo.

Llegaba Mariquita toda oronda, con su sobre rosa, en el que se permitía alardes caligráficos: "**Señor Don Juan Manuel Pomar. Tres Cerros.** Posta del Bagual". Y en un ángulo, invariablemente, la palabra: "**Urgente**", subrayada... No varió una sola palabra, ni alteró su orden en más de un año de carteo. Una vez se le ocurrió cambiar el color de la tinta.

—El comedido del estafetero —le dijo a su madre— me asegura que la tinta violeta es la más indicada, por ser indeleble...

La roja —un pequeño lujo que intentara— se hacía sospechosa... Por aquellos pagos, la gente de Saravia tenía la sartén por el mango.

A la novia de Pomar le pareció tonta la observación; pero, por las dudas, siguió con su tinta violeta. Y esa vez el comentario le sirvió para prolongar la charla con el mayoral, que era "colorado hasta la sangre"... Su novio, "blanco hasta los huesos"...

Sonaron las dos en el reloj del comedor, y la diligencia no tenía miras de salir. Se deslizó, cautelosa, por la puerta, escasamente entreabierta, capaz de delatarla con sus bisagras herrumbadas y chillonas. Caminó hasta el corralón. La diligencia ya había cambiado de lugar. Estaba a unos metros del portón. Y ella no había oído

el arrancar del vehículo, tan familiar a sus oídos. El corazón, exaltado, le borraba los latidos del pueblo.

La carta le había hecho humedecer las manos. Cuando abrieron el portón, Mariquita comprendió que no tenía que perder un solo minuto. Porque una vez que Blas castigase a los seis caballos, hacerlos parar por una carta era casi imposible, por lo menos un serio trastorno para el mayoral. Porque la diligencia en la calle, y luego en el camino, se parecía mucho al ferrocarril en el riel...

Corrió en el preciso instante en que Blas ponía el pie en el estribo. Los caballos ya habían erguido las orejas en la oscuridad de la noche, como aguzando el sentido de la marcha. Al presentarse Mariquita, un ladero del tronco pegó una espantada. Por primera vez en la noche oyó la voz del mayoral y el nombre del caballo:

—¡Luz!... ¡Quieta!...

Era una yegua lobuna con un cerquillo de crin que le caía entre las anteojeras, haciéndola impresionante.

—Blas —gritó Mariquita, y sin esperar que le respondiese: —Ayer no pude terminar la carta... ¿Tendrás inconveniente en llevársela a Juan Manuel?

—De ninguna manera... con mucho gusto... Va tan segura como en la bolsa postal.

—Gracias, ¿eh? Nos hacés un gran servicio

a los dos... Es una carta importante, ¿sabés?...

Y al ver que el mayoral tenía el látigo y las riendas en la mano y que el pescante se hallaba vacío, le preguntó extrañada:

—Pero, ¿cómo? ¿No llevás cuarteador? ¿Vas solo?

—¡No hay más remedio!... Al Gurí me lo pateó el Mandinga ayer. Parece que anda mal... Le estaba arreglando los vasos... No sé bien cómo fue...

—¿Por qué no suspendés el viaje?

—¡De ande!... Llevo dinero que necesitan con urgencia en la comandancia militar...

—Ni un pasajero... ¿Nadie?...

El aspecto de la diligencia, vacía, sin un solo viajante, sin el acostumbrado fueguito de los fumadores que solía iluminar los rostros con un misterioso chispazo, le dió tal miedo a Mariquita que no pudo dejar de comunicárselo al mayoral. El corralón se le presentó como un campo abierto, un peligroso descampado. Los cuatro caballos del tronco parecían como escondidos en la noche. El Mandinga, el zaino barroso de la patada; la Luz; Canilla, el colorado, y Truco, el alazán grandote. Tanto la yegua ladera como los dos lanceros se hacían presentes mirando una y otra vez a los costados y sacudiendo las colas como preguntándoles qué era lo que pasaba

—Nadie quiere salir de viaje... Dos pasa-

jeros se han echado atrás. Hay rumor de barullo en la frontera...

—¿Qué? ¿Revolución? —preguntó Mariquita tomando de un brazo al mayoral.

Blas la sintió a su lado y no se mostró muy a gusto, pues era cosquilloso...

—¡Vaya uno a saber! —cortó de inmediato—. Deben ser pamplinas...

—¿Y tenés que seguir solo?

—Solo.

—¿Solo?...

A Mariquita le entró un terrible pánico. El viejo corralón, casi una media manzana, se agrandó con la palabra **solo** repetida con insistencia. Sintió un vacío pavoroso a su alrededor. Nunca había visto la diligencia sin nadie, jamás la había imaginado vacía, con el estribo arrollado porque no sería utilizado, con las cortinas de las ventanillas corridas; la baca sin una sola maleta y aquellas letras doradas de los costados de la diligencia, que iban repitiendo por caseríos y lagunas su simpático nombre: "El Trébol"... Y dos lindos dibujos limitando las palabras... Una corneta de caza y una dorada herradura.

Volvió en sí, ante la impaciencia de la caballada que golpeaba con las patas en los adoquines que calzaban el portón.

—Blas —dijo temblorosa—, ¿no tenés miedo?

—¿Miedo?... ¿Miedo de qué?...

Nunca se le había ocurrido que se podía tener miedo. Correr peligro, sí... ¿Por qué no? Pero, ¿tener miedo?... Cosas de mujer.

—Casi sería mejor que no llevaras esa carta... Te puede distraer por el camino...

La misiva de amor ya estaba en un bolsillo del mayoral.

—No veo por qué... ¿Tenés miedo de que me asalten y los blancos se enteren de lo que le decís a un colorado como Juan Manuel?

—No; mirá... ¡Esperá un momento!...

El silencio se hizo tan grande que Mariquita lo sintió como una nube de humo que se levantara de pronto para hacerla enmudecer, sofocándola. El gallo del vecino demoró en respuntar el minuto, y, cuando cantó, se le aparecieron los ojos de Blas, cerquita, como dos puntos fosforescentes. El mayoral, inclinándose para meter el pie en el estribo, en tono bajo, casi insinuante, le dijo:

—¿Querés que le lleve algún mensaje especial?...

En un segundo, por entre los dos, pasaron muchos pensamientos. Cuadros de la infancia; juegos infantiles; celos de Juan Manuel; la fidelidad de Mariquita, desde que tenía doce años; su pasión con flores, cintas, divisas, retratos, pensamientos en el álbum, recortes con versos... Juan Manuel, su íntimo amigo; Mariquita, su vecina, que naciera ennoviada...

Crujieron los elásticos de la diligencia. Los cascotes de los pingos dieron su golpe seco en el empedrado del desagüe. Las ruedas de la diligencia inauguraron la marcha. Por la vereda corría Mariquita alzándose las faldas, sin el menor intento de silenciar sus pasos.

Blas, el mayoral, castigó a los caballos. Un orgullo varonil le dilatava el pecho. No era de los que postergaban un viaje ante el primer contratiempo que se les presentase. Si el Gurí estaba herido y no tenía sustituto, las cosas se arreglarían sin él. Solamente que los cuatro boleros no marchasen sin el cuarteador. Pero ya había andado otras veces sin la cuarta. Recordó entonces el aprendizaje del Gurí. ¡Mire que era testarudo el muchacho! —se dijo. Como no acababa de entender cuál era la derecha y cuál la izquierda, había ideado algo muy gracioso. Le colocó un chorizo en el bolsillo de la derecha y un par de papas en el de la izquierda. Cuando el cuarteador tenía que doblar a la derecha, de acuerdo a las necesidades de los peludos, Blas le gritaba: ¡chorizo! Y si a la izquierda, ¡papas! Llegó el momento de ordenar, primero a la derecha y enseguida a la izquierda. Entonces el mayoral le gritó: ¡Chorizos con papas, canejo!...

¡Qué tiempos aquéllos!... Salía con una vidalita en los labios y volvía con la misma vidalita en la boca. En las postas le tenían caballada pronta. En épocas de invierno, doce, quince ca-

ballos por delante. La diligencia salía como si los quince pingos fueran un solo flete. Pero los caminos habían mejorado un poco al comenzar el siglo XX. . .

Un trastorno de última hora no era quién para hacerlo quedar en el pueblo. ¿Qué dirían en la posta de La Blanqueada; en la del negro Sequeira; en la del rubio Luciano; en la del Bagual? . . .

Había nacido debajo de una diligencia, había crecido enredando su infancia en los rayos del viejo vehículo; había dormido siestas de adolescente sobre los asientos de crin y bajo los árboles más copudos; había endurecido sus huesos llegando a levantar la diligencia “con el lomo” en más de un pantano, y sus piernas soportaron repetidas caídas desde la baca al suelo, nada más que para hacerse el ágil. . . Blas Navidad era un mayoral, algo más que un hombre. Hombres había a lo largo del camino; mayorales, no.

Cuando la diligencia rumbeaba por la cuchilla pedregosa, ya no podía oírse el trajín desde los alrededores del pueblo.

Mariquita prefirió no escuchar aquel adiós a la distancia. Se había tirado en la cama, cubriéndose los oídos. Como no conseguía evitar el lejano rumor, dobló la almohada alrededor de su cabeza. Pero todo fue inútil. Siguió oyendo los chasquidos del arreador azuzando a los bole-

ros. Venían por el campo, cada vez más espaciados y, al fin, en alas de la picante brisa del amanecer. Era una obsesión para Mariquita.

Tuvo que cerrar las ventanas y cubrirse la cabeza como desesperada.

* * *

La luna alargaba las sombras de la diligencia. Desde que era mayoral, nunca había salido a cumplir su destino en completa soledad. Ni con tanta plata encima, ni con alarma de revolución. Pensó que si se reventaba un tiro, si se desprendía una pechera, con un poco de paciencia la falla se arreglaría. Los caminos estaban como una tabla y abrigaba la esperanza de levantar algún prójimo en la primera posta. Siempre creyó que el único riesgo que tenía un mayoral era el de quedarse dormido, que los caballos se fuesen poco a poco dando cuenta y se detuviesen. A un amigo le pasó algo por el estilo manejando la berlina de los patronos. Los caballos siguieron con el coché dormido hasta que hallaron un paso y se detuvieron a beber. Después ellos se durmieron también, hasta el primer grito del teru-teru por el aire despierto de la madrugada.

“Lo malo del caso es que llevo una ponchada de libras” —se dijo, moviendo la cabeza de un lado a otro. Pero no le dió al hecho toda la importancia que tenía, hasta que recordó al Gurí. A última hora vino un hombre a decirle que

no podía acompañarlo, que se buscara otro. No era alguien de la familia, era un desconocido, vecino del rancho del Gurí... El sujeto no se explotó lo más mínimo. El Gurí estaba mal herido de una patada del Mandinga...

Le dió un latigazo al animal culpable del accidente. Un latigazo completamente innecesario. Si el Mandinga había pateado al cuarteador, bien se lo merecía... ¡Merecía un latigazo cada diez metros!... Y le atracó otro... ¡Bicho ruin, zaino canalla!... Siempre le tuvo recelo a ese animal. Por algo le habían puesto Mandinga.

Al cuarto latigazo, ante su despiadada maldad, cambió completamente de parecer. El Mandinga era incapaz de dar una coz, y menos de encajársela al Gurí, que lo conocía tan bien. No podía ser cierto. ¡Pobre animal! —se dijo— ¡Y yo meta leña, sin razón!... No podía ser cierto: allí había gato encerrado.

Ante la repentina blandura de su corazón le vino el primer oleaje de miedo. El primero, en veinte años de mayoral. Si hubiese seguido metiéndole palo al caballo culpable, no habría dejado ni un solo momento mal trancada la puerta de su corazón. Por allí habíase colado el miedo no bien empezó a hacerse el hombre tierno, a tener piedad. Sintió frío y miedo a un tiempo. Si lo asaltaban, tenía que ser antes de la aurora...

Sí; al cuarteador lo había encerrado en

alguna “gayola” gente del otro lado que conocía lo del dinero. Y ya irían adelante con más de tres horas de ventaja. Lo asaltarían en la picada La Cadena seguramente.

Miró sus seis caballos como se mira a hermanos heridos de muerte y por encima de los que debemos dar un salto para lanzear al enemigo. Miró una vez más al Mandinga. Iba tirando como un bendito. Firmes los tiros, las riendillas rígidas, porque el excelente animal se adelantaba a los lanceros después del latigazo que le había aplicado.

—¡Pobre bicho! —dijo en voz alta—. ¡No debí pegarle!

Es más fácil hablar en voz alta en la alta noche que a la luz del día. Esto está demostrado. Pero al oírse tuvo la certeza de que lo hacía de puro cobarde, nada más que para sentirse acompañado.

Se palpó la canana con el revólver y contó cinco balas que asomaban sus cabezas. Y la cartuchera repleta.

Nunca había tenido miedo, ni supuso que fuera algo que se pudiera analizar. A pesar de todo, ¿quién se animaba a decir que los hechos no tenían una sospechosa coincidencia? La suma de dinero; el inexplicable accidente del cuarteador; el sujeto desconocido que vino con el parte y, por fin, el instinto femenino, que jamás se equivoca... Sí, corría peligro.

¿No tendría Mariquita toda la culpa de su miedo? ¡Mujer cargosa!... A él le gustaba mucho, pero siempre la respetó por estar comprometida con su amigo. Era de su gusto, pero ahora la odiaba. Por su absurda pregunta de si tenía o no miedo merecía su desprecio. Ningún mayoral puede tener miedo. ¡Así lleve tres mil libras y un mensaje para el mismísimo general Galarza!... No puede existir un mayoral con miedo, seguía pensando, porque no puede haber un árbol negro, ni un río de leche, ni pasto que sangre, ni fuego sin humo.

Cruzó el paso de Mata-Perros sin darse cuenta. Una lechuza se detuvo en el espacio y le dejó caer el granizo de su pico. Le dió frío. Se tocó el pecho y la carta de Mariquita crujió al tacto. Allí iba un mensaje para su gran amigo de la infancia, que no perdía tiempo hablándole de su novia. Cualquiera diría que la había olvidado... A Blas le gustaba la muchacha, pero prefería morir de sed antes que aventurar una idea de amor. Sin embargo, esa noche, cuando miró para adentro de la diligencia y la encontró oscura y vacía, al volver la mirada sobre Mariquita, un mal pensamiento lo dominó. Un cuarto vacío, una casa desierta, un lindo lugar en el monte, infaliblemente hacen pensar en una compañera... Y él se dejó llevar por esa tentación al tenerla a Mariquita al lado del estribo, con una carta de amor en las manos. Una carta de

amor en la soledad de la noche. Una carta apasionada, vehemente, llena de suspiros, de besos, de promesas... Tal vez de lágrimas, de llamados urgentes. Eso era lo que llevaba él en un sobre y junto al corazón, en el bolsillo alto del chaleco. ¡Qué cosas tiene la vida!...

Para poder conseguir a Mariquita tenía que reñir con Juan Manuel... Se dejó llevar por la imaginación y se avergonzó al momento de semejante juego...

—Ya sé, ya sé —se dijo—, pienso en tales pamplinas para no tener miedo. ¡Nunca creyó que fuese tan flojo!... Dejarse llevar por pensamientos de amor —no los sentía muy adentro— para en tal forma espantar el miedo.

La diligencia daba tumbos en unos zanjones. El mayoral les dió resuello a los caballos. La fresca nocturna convidaba a unas pitadas de buen tabaco brasileño. Aseguró el látigo, ató las riendas al candelero y echó pie a tierra.

El campo crecía en mil olores. Le mandaba una brisa salpicada de chirridos, lujosa de ranas y de grillos.

El farol trasero de la diligencia daba mucha luz y ya tenía su corte de bichitos como una aureola en el retrato de un santo.

Al no hallar dónde sentarse estiró el estribo y en él se acomodó. Cualquier ruido —pensó— lo voy a sentir. Contaba con la ayuda de los teros y de las lechuzas.

Y se puso a fumar, muy dueño de sí. La carta se dobló al inclinar el cuerpo. La sacó del bolsillo y leyó en el sobre su nombre y apellido. Tuvo que pegar la carta contra el farol para convencerse de lo que leía. La carta estaba dirigida a él. Mariquita se habría olvidado de poner las consabidas palabras: **Obsequio de...** O más bien: **Especial favor de Blas Navidad.** Pero nada de eso. La carta estaba dirigida a él, aunque Mariquita le había dicho que se trataba de una misiva para su novio. ¿Cómo se explicaba aquel error? Se la había puesto entre las manos y en plena oscuridad. Dijo que no había tenido tiempo de ponerla en la estafeta... Un poco raros el asunto y la excusa... Miró y remiró el sobre y decidió rasgarlo... ¿Qué tanta contemplación, si estaba dirigido a él!...

Las hojas de papel abrieron en el aire una invisible flor perfumada. ¡Qué bien olían los mensajes de amor!

Se acomodó para leer. Se iba sintiendo cada vez más confundido a medida que avanzaba en la lectura. El encabezamiento era este: **Amado mío de toda la vida...** Le seguían palabras tan encendidas que jamás imaginó que se pudieran enviar en una carta. ¡Cuánto fuego, cuánta pasión! La primera carilla ya bastaba para convencerlo de que no era para él. No cabía la menor duda. Le pareció decente no dar vuelta a la hoja, a pesar de que era la primera y quizás la última

vez en su vida que se le presentaba la ocasión de saber realmente lo que significaba una carta de mujer enamorada. Tal vez nunca más iba a presentársele tan brillante oportunidad. Para él no llegarían seguramente mensajes con tan desbordante pasión. No estaba hecho para provocar pasiones ni era hombre para esas bellezas escritas que son anticipos de infinitos goces.

Sobre la primera línea, precisamente cerca de la inicial de **Amado**, habíase detenido una mariposa blanca con uno de esos signos esotéricos que adornan sus alas. Resultaba un dibujo muy apropiado para la hermosa letra.

No pudo resistir a su curiosidad. Siguió leyendo. ¡Estaba tan solo, tan perfectamente lejos de la gente! Pero de pronto una idea lo paralizó. Mariquita bien podía haberse trepado a la diligencia y estaría allí, espiándolo, viendo qué efecto le producía la carta. ¡Ella era capaz de todo, era de una audacia femenina inconcebible! Casi podía asegurar que había oído su risita como en la plaza del pueblo, cuando se escondía entre los grandes árboles, antes de que un intendente hiciese leña con ellos. Sí, Mariquita le espiaba.

Dobló la carta haciendo volar la bonita mariposa, la metió en su sobre y se puso de pie. ¡Nada de bromas con un mayoral! Abrió la puerta de la diligencia y, claro, no había nadie. Pero sentía que Mariquita lo acompañaba.

¡Lo que trae el miedo, amigo! —pensó—.
¡Hasta ocurrírsele a uno pavadas y tener alucinaciones!

* * *

La diligencia seguía su marcha. Una zanja aquí, un pozo más adelante, una cueva de toro, un poco de chirca, unas huellas borradas. . . Debió bordear una cuchilla, atravesar un monte, pasar sobre un alambrado caído, y la noche, la noche, la noche. . . De tanto machacarla, iba perdiendo su importancia. Como volvió a tener miedo, se entregó a hilar algunas probabilidades sobre la carta; Mariquita intentaba hacerle daño. Quería hacerle saber lo que era el amor, tal vez en beneficio de alguna amiga que estaba enamorada de Blas. O, simplemente, hacerle conocer la fuerza amorosa que la dominaba, cómo y en qué forma ella amaba a su amigo. Mariquita se enorgullecía de ser una verdadera mujer, para quien el primer amor era fatal y eterno. Pedante. . . Desde niña repetía frases de los libros y sabía de memoria versos de Espronceda, de Juan de Dios Peza y de Núñez de Arce. Seguramente que su vanidad llegaba hasta el punto de lucirse con Blas, haciéndose la que había omitido el nombre de Juan Manuel. Y, por fin, se preguntó si no estaría dirigida realmente a él. La vanidad del mayoral entró en juego por primera vez en su vida. Se sentía transfigurado. Pero he ahí

que tropezó uno de los caballos del bolero y tuvo que volver a la realidad.

Exageraba. Se iba dejando llevar por la exageración para espantar el miedo que lo dominaba. Para evitarlo tejía suposiciones, abría las alas de su fantasía. ¡Un mayoral de primera dominado por una carta de amor y el miedo a los bandoleros! . . . ¡De no creerlo!

El Mandinga iba aflojando. La yegua lobuna, al tirar desparejo, lo sacaba a cada rato de la huella. Como no llevaba cuarteador, los caballos del bolero se abrían. Castigó a cada uno de los caballos. A un tordillo de adelante le infligió un latigazo de mi flor. ¡Estaría bueno que ellos también se hubiesen contagiado y marchasen con miedo o divagando! . . .

Una frase de la primera carilla se le había grabado en la memoria. ¡Qué bobo no leer toda la carta para cerciorarse de las razones de aquella frase, algo enigmática! . . . Debía proseguir. A fin de cuentas otra cosa no se le iba a ocurrir a Juan Manuel. Ahora en cuantito aclare —pensó— le doy una leída.

Los caballos, de improviso, pararon la oreja. El tordillo del bolero empezó a recostarse a su compañero. Algo habían divisado al borde del camino, algo que se movía, sí. . . Ahí estaban los asaltantes, entre las piedras de la cerrillada.

Recogió las riendas y desabrochó la presilla de la canana. Al borde de la senda, una osamen-

ta de caballo trazaba un siniestro garabato. El mayoral la conocía tan bien como a las piedras del paso de La Cadena. Venía mal, venía mal. . . La espantada de los caballos no era más que un alarde ceremonioso de respeto a la muerte.

Blas Navidad había dejado de ser un mayoral. La claridad lechosa que bañaba los altos cerros iba a poner a la luz del día, perfectamente en evidencia, la muerte de su coraje. Siempre afloja el valor de un hombre cuando se le recuesta la sombra ambiciosa de una mujer. Mariquita era la culpable.

Amanecía. La parada en el Paso de las Perdices lo venía a salvar.

* * *

Enfilaba al norte, con los caballos frescos de la posta. Al revolear el látigo en el aire, los pingos de la muda arrancaron con brío mañanero. Desde el piquete, el Mandinga levantó la cabeza. Miraba hacia el camino con esa curiosidad animal que parece taladrar el aire, abrir surcos en la luz. El resto de sus caballos sacudía las colas, comía avanzando en la gramilla. El mayoral sintió un gran alivio. Los testigos de su miedo, el Mandinga sobre todo, se quedaban allí con su secreto. Pero las miradas del zaino barroso, del que motivara el accidente del cuarteador, se le clavaron en el alma.

Quedaban dos horas más de marcha, ahora con el desayuno calentándole las tripas. La luz

limpia de la mañana le incitaba a dar término a la lectura de la carta.

Envidiaba a su amigo. La primera carilla ya bastaba para envidiarlo. Y deseaba colmar su envidia, porque era hombre de llevar las cosas hasta el final. El futuro lleno de dichas que prometía Mariquita en la primera página debía ser rematado por algo imaginado. . . Las despedidas de las cartas de amor —pensó— deben ser muy maravillosas.

Por arriba de la diligencia detenida sesgaban el aire los teros matinales con su bromista algarabía. Releyó la primera carilla y continuó la lectura sin perder una sílaba. Al darle término, se quedó pensativo. . . ¡Qué lindas palabras, qué mujer prometedora! . . . Pero era algo extraño que después de un año de novia expusiera tantos proyectos. Si Juan Manuel recibía muchas cartas en el mismo tono, tenía razón de estar un poco fatigado y no querer conversar de Mariquita. Volvió a leer la despedida y comprendió que con una mujer así, cada vez que tuviera que atravesar las cuchillas como portador de libras esterlinas en días de asonadas o revueltas de gauchaje, el miedo le saldría al paso y hasta los caballos acabarían por enterarse.

Blas Navidad había nacido para mayoral. Tenía orgullo de mayoral, discreción de mayoral, responsabilidad, arrojo, salud de mayoral. En él confiaban el estanciero y el peón, el co-

merciante gringo y el turco bolichero, la comadre y la novia, el médico y la curandera. En él confiaban el caudillo y el comisario y el general. . . Llegaba siempre, salía bajo la lluvia o el temporal, solo o con cuarta, aunque lo amenazarán los pantanos, los arroyos o los malhechores. Era **El Mayoral**. Y eso lo haría saber a todo el mundo, inclusive al Mandinga, ese zaino barroso que le clavó la mirada desde la mitad del piquete.

* * *

—¡Tomá, che, Juan Manuel, una carta para vos! . . . Mariquita le puso mi nombre en el sobre y olvidó el tuyo. . . La abrí sin querer. . .

Juan Manuel tomó el sobre abierto. Antes de leer su contenido dirigió la vista hacia el amigo. Blas le daba las espaldas y empinaba violentamente una copa de caña.

Juan Manuel no entendió de inmediato qué era lo que había pasado. Desde hacía más de seis meses tan sólo recibía papeles en blanco, a veces sobres vacíos. . . Aquella carta no era entonces para él. Pero lo tentó su lectura, y, apoyándose a las rejas del mostrador, se puso a leerla.

La carta lo emocionó. Mariquita había cambiado mucho en poco tiempo. La manera en que se expresaba en la misiva no correspondía a la idea que tenía de su novia. Ahora escribía como una mujer realmente apasionada. ¡Qué madurez la de su alma, qué palabras más tiernas! . . .

Cuando acabó la lectura, una nube roja le veló la vista. Tuvo celos, unos celos tremendos de Blas Navidad.

Una mala voz le aconsejaba que lo desafiase. Tenía derecho a pedirle explicaciones por violación de correspondencia, impropia de un mayoral. Pero recapacitó más tarde. Pocos eran los derechos que poseía sobre la muchacha. La interrupción de sus comunicados significaba un rompimiento. Mariquita estaba en libertad, a pesar de no querer tomársela. Además, era evidente la inocencia del mayoral, pues le entregó la carta que habían puesto en sus manos. La intriga se mantenía inexplicable. Estaba seguro del amor que encendía la vida de la muchacha. Todos los sueños del mensaje se los había inspirado su amigo. Se necesitaba ser ciego para no darse cuenta. Ciego o. . . muy fiel a una amistad. . .

Hay quienes dicen que Juan Manuel y Blas regresaron con la diligencia. Volvieron, y juntos engancharon los caballos que dejara Blas en la primera posta. El Mandinga se aferró a la huella, con rabia. . . sin mirarlos. . . Tiraba hacia la querencia.

Algunos aseguran que Mariquita Núñez murió soltera. Otros lo ponen en duda. Pero de toda esta historia sólo se saben con certeza tres cosas, a saber: que Blas Navidad era el único ma-

yorral que se merecía una diligencia como “el Trébol”; que de su valor ningún zaino barroso podía avergonzarse, y que el alma del mayoral todavía atraviesa las desiertas cuchillas entre alarmas de teros y chistidos de lechuzas.

VAQUERO DE LA CORDILLERA

El vaquero Nicanor Benítez tenía novia. Cuando daba espaldas al macizo andino enfrentaba la grave serenidad de Elina, una muchacha altiva, capaz de erigirse en rival de los Andes. Las fiestas de la vendimia les renovaban el recuerdo del primer encuentro.

Elina intentó hacerle cambiar de oficio. No le agradaba saberle expuesto a riesgos nocturnos por intrincadas carreteras.

Su novia tenía una hermana, Angélica —15 años en apretado racimo—, que vivía pendiente de una ventana abierta hacia la cordillera. Todo lo que llegaba de los Andes la deslumbraba, la hacía soñar. Conocía al dedillo las leyendas andinas y los sortilègios de la sierra y las supersticiones y hechizos de la montaña. No perdía conversación que se refiriese a la vida de la cordillera. Historias de arrieros; de guías extraviados en la nieve; de macabros hallazgos en las altas cumbres; de cacerías de guanacos y avestruces. El Aconcagua era su meta ideal.

Los sábados, cuando el novio de Elina se

quedaba a comer, le cercaba con apremiantes preguntas. El vaquero, conociendo la debilidad de Angélica, siempre tenía una historia para contar. Y aunque se dirigiese solapadamente a ella, disimulaba su interés, soslayando el efecto que producían los relatos en su futura cuñada. Sentíase admirado por aquella muchacha que soñaba escalar montañas.

Benítez era parco en rueda de amigos. Llano y sencillo con su novia cuando estaban solos y proyectaban días mejores en una casa con jardín, acequia y nutrida pajarera. Pero si Angélica insistía con el tema de la cordillera él se transfiguraba.

—¡Cuente, cuente! ¡Quién pudiera vivir allá en las cumbres! ¡Debe ser maravilloso! —eran sus palabras corrientes.

Entonces Nicanor Benítez, componiendo la voz, contó un accidentet

—Yo iba a la cabeza de los cincuenta camiones envainando la niebla que se cerró en Los Caracoles de Villavicencio. Cuando uno sabe que marcha en punta le parece que va limpiando la cancha. Aunque la policía caminera no deja entrar automóviles en Uspallata mientras andamos nosotros, siempre se cuele alguno o es fácil topar con esos cazadores rezagados que meten bala a los últimos avestruces que van quedando. Y aquella vez se me presentó de golpe en una curva un coche con esa gente. Llevaban re-

flector buscahuella. Todos creen que con ese aparato van a cegar al contrario. Como yo hice subir mis faros dos palmos más arriba, conmigo embroman poco. ¡Una martingala mía! Como les contaba, venía manejando a ciegas, como los aviadores en la niebla. Atiné a torcer a la izquierda, le metí la segunda y esperé la coleada. ¡Mala pata! La mitad del camión quedó fuera del camino, con las ruedas al aire. Abajo, el precipicio, más de 1.000 metros. ¿Saben lo que hice? Cuando pasaron todos abrí la puerta de atrás y dejé caer al vacío las tres vacas. Pude enderezar el camión y seguí viaje. El resto del pelotón había pasado sin darse cuenta de mi contratiempo. Era lo que yo quería... ¡Uno tiene su amor propio, muchas veces...!

Cuando Nicanor hablaba en aquel tono intervenía su novia y le obligaba a cambiar de tema. A Elina le impresionaban mal las descripciones del vaquero. Hay que ser más exacto: quería evitar sus mentiras, no escuchar el jactancioso relato de los riesgos de la cordillera. En cambio a Angélica la fascinaban la voz varonil de Benítez, las historias más o menos reales de las andanzas de los camioneros. Si como decían los familiares el vaquero era un mentiroso de marca mayor, Angélica sabía colocar las cosas en su justo medio. Ella poseía una inteligencia más lúcida y también, bueno es decirlo, menos machucones en el trato humano. Al fin de

cuentas, embustero o no, Nicanor le ayudaba a soñar con los Andes, ese muro inescrutable que se divisaba hacia el oeste.

* * *

Angélica no deslumbraba con su figura. Ojos pequeños, la boca grande de descuidado dibujo, el pelo opaco. Pero sus 15 años vivían cerca de la naturaleza, en jaque con las cosas bellas que no se alcanzan nunca. Su juventud podía más que la belleza de Elina, ya que ésta vivía aferrada a su noviazgo, aguardando la hora de irse a vivir lejos de los Andes y sus precipicios.

—Ya sabes que no me gusta que cuentes esas historias. Alguno puede pensar que son invenciones tuyas. Exageras un poco —le decía Elina cuando estaban solos.

Un día consultó con su madre. Se animó a pedirle su parecer. Ella le contestó que no debían de ser mentiras. Se trataba de un trabajo peligroso.

—Los otros no cuentan tantos riesgos... ¿Por qué a Nicanor tienen que sucederle cosas extraordinarias...? Esa boba de Angélica le cree todo y le fomenta la charla. Decile que no se meta a hacerle preguntas...

Elina prosiguió averiguando. Para unos pocos no era mentiroso; para el resto, Nicanor contaba historias para pasar el rato y entretenerlas. A ella le extrañaba que su novio fuese siempre protagonista de graves relatos. En cambio, An-

gélica aseguró extrañamente que había que gustar mucho de los Andes para comprender los cuentos de Benítez.

—Sí no les deslumbra la cordillera no comprenderán la vida de los vaqueros. Yo sé de otras aventuras y de momentos muy peligrosos que no cuenta Nicanor. Es que ustedes les temen a los precipicios.

La madre levantó los hombros. Nunca había oído hablar así de esa joroba de la tierra que había visto desde su niñez sin darle la más mínima importancia y menos aún de la gente que trabaja en ella. Sólo una vez se interesó, pero fué por el destino de un pobre cura que quiso ascender hasta el Aconcagua y cayó de los 5.000 metros hasta los 4.000, donde fué hallado un año después, duro, negro, tieso, con la ropa impecable, como recién salida de la ropería. Se interesó porque las crónicas de los diarios agrandaron la muerte. La vida de los vaqueros, su vulgar leyenda, la tenían sin cuidado. En cambio para Angélica la cordillera era un misterioso macizo, que atravesaban por la noche los audaces camioneros, entre los que iba el novio de su hermana.

Nicanor Benítez se enteró de estos comentarios. En uno de sus viajes, al encontrarse a solas con su máquina y las tres vacas que conducía, buscó explicarse las razones del pedido

de Elina. ¿Por qué ella no quería oír los relatos de sus travesías?

—La verdad es que a veces se me va la mano —se dijo dominando como de habitual las curvas del camino—. No existe ningún riesgo si se piensa un poco en la gente que uno deja atrás. El que tiene familia maneja con más cuidado, se siente responsable. . .

Las ruedas mordían las curvas, trepando lentamente por Los Caracoles de Villavicencio. A la puesta de sol, con las últimas luces, el convoy de camiones con vacas para Chile pasaría por los 3.000 metros de Paramillos. La niebla colgaba sus andrajos de los picos más abruptos y altaneros. Benítez oía el ruido de las pezuñas de las vacas entremezclado con las explosiones del motor. Un viento de cola, poco frecuente en aquel tramo del camino, le mandaba un fresco olor a establo. Nada había de notable en su viaje. Comprendió que alardeaba demasiado. Elina tenía razón. Pero ¿por qué exageraba las perinecias. . .? ¿Acaso él no era como los demás? Sus compañeros no magnificaban el trabajo de correr por la noche hasta Punta de Vacas por sinuosos caminos y túneles estrechos. Entonces, ¿por qué lo hacía él? ¿De puro fantasioso?

Cuando ascendía a los 3.000 metros su inteligencia funcionaba más despejada. Discurría con claridad al enfilarse hacia el valle de Uspallata, corriendo por breves rectas tranquilizadoras.

Las curvas del camino le impedían el desarrollo lógico de sus ideas. En cambio en el valle, lanzado desde la altura, sentía un saludable optimismo que le infundía confianza ilimitada en sus fuerzas.

En Uspallata bajaron a beber. El no lo hacía con exceso, pero más de un compañero continuaba el camino borracho. Los efectos de la bebida tenían eco en la palanca de velocidades, que rechinaba los dientes en el cambio.

Y una noche, al ver relucir como una estrella la flecha de metal que brillaba en la tapa del radiador, resolvió invitar a Elina para hacer el recorrido nocturno. Ella comprobaría los peligros y dificultades.

Y manejó con la prudencia de que es capaz un hombre de su oficio. vale decir, un vaquero que tiene en una de las puntas del viaje una novia morena aguardándole. . .

Elina aceptó la invitación, inducida por su hermana.

—Sola —se dijo —no está bien que vaya. Con Angélica nadie pondrá reparos.

La invitación, desde un principio, fue hecha a las dos. A Elina para estar juntos una noche entera, y a la menor para satisfacer su desatado interés por la aventura y aplacar la curiosidad de atravesar los Andes. Ella rondaba cuando ovó la invitación. Siempre escuchaba la charla de los novios como si tuviese algo que aprender

de sus encuentros. Elina titubeó, no sabiendo qué responder. La breve pausa de su hermana paralizó sus movimientos. Le pasó por el corazón un menudo rumor de acequia que luego se desató en un torrente al oír la respuesta afirmativa... Sí, atravesarían la cordillera por la noche a gran velocidad y al frente del convoy.

Nicanor Benítez detalló las características del viaje. Los preparativos le dieron oportunidad a Angélica para no mostrar mucho interés. Temía que su entusiasmo malograra el viaje. Mientras Elina intentaba dormir la siesta para no tener sueño por la noche, Angélica recorría las tejuelas del techo una a una como si fuesen minutos que la separasen de una cita de amor.

El vaquero Benítez se había retirado un tanto preocupado. Su novia iba a cerciorarse de la realidad de sus historias. Sabría en verdad lo que es un viaje en camión por los empinados caminos cordilleranos llevando tres vacas gordas que mugen y patalean.

Elina no pudo dormir. Vagos temores la desvelaron. El más concreto consistía en tener que dar la razón al vecindario, a los amigos, a los extraños. Nicanor era un mentiroso. Si el viaje ofrecía peligros ¿por qué las llevaba? Y no pudo dormir además por otras causas, esas inexplicables causas de los insomnios y de los presentimientos.

* * *

A Angélica todo le parecía maravilloso. El acentuado colorido del paisaje, bañado por el sol crepuscular; las violentas curvas misteriosas; los caminos superpuestos; unos avestruces que corrían despavoridos cerros arriba. La precordillera iba poco a poco atrapando a la muchacha. Ella comprendió que la descripción de aquellas bellezas en labios de Benítez tenía un colorido mayor aún. Miraba hacia adelante y hacia los costados y para arriba, como si se le hubiese extraviado algo en el aire. La subyugaba el color de las abruptas laderas. Elina miraba, pero no veía. Solamente se sorprendió cuando divisó el hotel Villavicencio hecho un juguete entre los cerros. Quiso que su novio detuviera la marcha, pero él con mucha solemnidad le hizo saber que era peligroso detenerse. Podían ser embestidos por el camión que venía atrás. Benítez se llenó de satisfacción por haber obtenido una oportunidad para marcar un riesgo.

Elina y Angélica sintieron los efectos de la altura; el zumbido en los oídos y la repentina sordera. Benítez iba ufano, dueño de sus cinco sentidos. Elina tuvo que convenir en que esos viajes eran cansadores y quizás peligrosos. Angélica no pudo ocultar que los consideraba llenos de misterio, verdaderamente fascinantes.

Al llegar a los Paramillos Benítez disminuyó la marcha para que las muchachas pudieran leer el letrero indicador de altitud. La niebla

los había envuelto en los últimos tramos y los faros del camión por momentos reflejábanse en el lechoso y movedizo espejo.

Eлина viajaba entre los dos. La altura, las emanaciones del motor, los virajes, la sumieron en un sopor invencible. Se pasó las manos por la frente sin quejarse.

—¿Cansada? —preguntó Benítez.

—No, un poco de sueño.

—Recostate si querés.

La cinta clara del camino seguía enrollándose entre las ruedas del vehículo. Serpenteaba en busca del valle de Uspallata. La noche maduraba su tiniebla. Angélica sentíase sobrecogida por las cumbres lejanas, ansiaba captar con su mirada nueva los mentados álamos del valle, el verde dormido de los inmensos sauces de Uspallata. Largas filas de álamos gigantes punteaban las prematuras sombras nocturnas. Martilleaban en sus oídos las explosiones del motor, animándola, templando su sangre joven. Benítez conducía con su celo habitual. Su novia cruzó los brazos sobre el pecho y dejó caer la cabeza, vencida por el sueño.

La noche los juntó a los tres, una noche dilatada, a sus anchas en el valle, dueña de la lejanía.

Benítez miró fugazmente a Angélica por arriba de su novia. Una mirada exploradora. Ella le sonrió para hacerse presente en la mudez del

viaje. No quiso dejar sin blanco, perdida en el aire, la mirada alerta de Benítez.

Hacía frío. Llevaban corridas las ventanillas. En la portezuela del chófer, el cristal, roto a raíz de un vuelco, había sido sustituido por un pedazo de frágil madera.

—Total —dijo Nicanor una vez, —no es necesario ver a los costados.

Angélica recordó el nimio detalle al observar el rostro varonil destacado contra el fondo de madera.

Se miraron dos o tres veces más. Angélica hizo memoria y casi podía responder a qué horas y en qué día Nicanor había contado los pormenores del accidente. Había sido muy grande su deslumbramiento al oír el relato de un hecho espectacular en boca de un testigo, mejor aún, de su protagonista. Y Benítez, en una larga recita por la que corría sin el menor riesgo, volvió a pensar en sus exageraciones y en los ojos de la muchacha acicateándole, incitándole a contar historias extraordinarias.

Angélica tuvo que mirarle dos o tres veces más. En un momento sintió que sobre la cara le caía algo así como un velo pudoroso que la ocultaba de Benítez.

—Cuando se cruzan dos autos en esos trechos tan angostos de Los Caracoles —titubeó—, ¿cómo hacen para pasar?

Había levantado la voz. Su intención era despertar a Elina.

—¿Cómo...? ¿No sabe que el regreso se hace por la quebrada del Toro? Por ese camino se baja... —respondió él, casi en secreto.

Y puso un cigarrillo en los labios entreabiertos. A pesar de que tuvo dificultades para encenderlo, Angélica no se decidió a ayudarlo como solía hacerlo Elina.

—¡Se lo he dicho tantas veces...! —y Benítez cambió de tono luego de una pausa. —Me extraña que no lo recuerde —prosiguió. El cigarrillo, agitado por el movimiento de los labios, subrayaba las palabras.

Angélica, ajena a simulaciones y mentiras, sintió que su amor propio le golpeaba en la frente.

—Ya sé, ya sé... Dije eso... por decir algo.

Respondía en voz baja evitando que Elina la oyese. Confesaba un momento de debilidad.

Y a tiempo que entraban en una violenta curva y el humo del cigarrillo se escurría por una abertura del cristal, él, con seguridad de hombre de volante, cerró el diálogo:

—¡Ah, ah...! Está bueno... ¿con que habló... por decir algo? ¿eh?

Angélica vió sus ojos de lobo reflejados en el cristal del parabrisas. Y la brasita del cigarrillo, picoteando la penumbra. Volvió sus miradas al camino.

Elina seguía profundamente dormida. Ya cenitaban la recta de Uspallata. Los álamos jugaban con la claridad lunar cortándola con sus largos bastones. A la derecha, viejas tapias de adobe. Al frente, en una esquina, la amarilla tristeza de un farol a kerosene. Angélica codeó a su hermana. Ella sabía perfectamente que antes de librar las barreras del control, en un despacho de bebidas que había en esa esquina iluminada, los vaqueros apagaban la sed y encendían los ojos para ver mejor... Y Benítez iba a bajar a templar sus fuerzas.

* * *

Cuando se bebe alcohol en abundancia hay que hablar de cosas remotas. A veces está lejos el infortunio y entonces se canta; otras, el coraje, y se tiembla. La mentira y el amor son los mejores compañeros del alcohol. Los tres andan de la mano.

Un amigo de Benítez, al cuarto de hora, punteado de copas, habló de lo que no poseía. Habló de mujeres. Su compañero —se llamaba Molina— tenía cara de indio, ese rostro de guía cordillerano, curtido, seco, quemado, donde la barba crece rala como los yuyos en las laderas de los Andes. Bebía para acercarse a aquello que no conseguía. Sin éxito con las mujeres, buscaba el tema de las aventuras de amor. Si alguien las contaba, sabía escuchar. En caso contrario, inventaba amores imposibles, cuyos finales que-

daban en los bordes de las copas. Cuando supo que Benítez viajaba con dos mujeres, le temblaron las manos de felicidad.

—¡Contá, morocho...! ¡Contá! ¿Hace tiempo que las conocés?...

—Una es mi novia... La otra...

Cortó la frase para beber, más bien bebió para cortarla. Molina, pendiente de los labios de su afortunado compañero, no se atrevía a interrogarle, temeroso de ser majadero o infundir sospechas.

—Una es mi novia... —prosiguió —La otra...

Molina no pudo contenerse.

—Seguí, seguí... ¿La otra qué?... ¿Es linda, che? ¡Contá!

Benítez lo miró largamente. Recorrió las líneas duras del rostro de su amigo como si buscara en él algún parecido.

—Mirá... Me vas a ayudar a desenredar la madeja.

—Hablá, hermano... —respondió Molina chispeado y alegre. —Te escucho.

Y las copas sonaron vacías sobre la mesa curtida de golpes, iniciales y cortes de cuchillo.

—Me podés ayudar porque sos hombre paseado, te gustan las mujeres y las conocés... —prosiguió Benítez. —Ayúdame un poco.

—Decí nomás... De mujeres entiendo algo, pa qué negarlo...

Tres o cuatro copas al hilo y en las gargantas las voces se apagaron como la llama en los candiles.

—Te decía que la otra es mi futura cuñada. Lindita... Una chiquilina. Viva, despierta. Le gusta andar de un lado para otro. Los viajes, los cuentos de viajes. Los peligros... Hay mujeres así. Y cortó la frase para preguntar:

—Decime, Molina: ¿vos no mentís a veces, como jugando?

Molina lanzó una estruendosa carcajada.

—Pues y claro, compañero. Si no te mandás alguna macanita, se te aburren, ¡po!

Nicanor apretó los labios. Se le quedó mirando fijamente.

—¿No te dije que me ibas a ayudar? Uno miente un poco para entretenerse, ¿no te parece? A las mujeres les gusta uno que otro embuste.

—Está claro. Alumbran la miseria, ¡po!

—Y algunas hay que lo obligan a uno a mentir... ¿No es así? ¡Contestá!

—Yo no sé... Eso depende. Pero, ¿no me ibas a hablar de la otra? —preguntó Molina—. Háblame de la otra... ¿Es linda, che?

Benítez bajó la cabeza. Buscaba una cosa cualquiera para fijar la mirada. El alcohol le nublaba la vista.

—Te hablaba... de gente que obliga a mentir.

—¡Y no...! Hay patrones que pa tenerlos conformes lo mejor es mentirles. Si les decís la verdá...!

Benítez lo cortó:

—No entendés... ¡Qué me importa de los patrones! Te estoy hablando de mujeres...

—¡Ah, ah, de las mujeres...! Sí, sí, de la otra... ¿No querés que te acompañe pa que no vaya tan sola? Yo te la entretengo hasta Punta de Vacas... ¡Ja, ja, ja!

La idea de que Molina pudiese acompañarlos lo puso fuera de sí. Llamó al chico que les servía. Pagó con un gesto rencoroso y se despidió de su amigo:

—Queda paga otra copa— le gritó desde la puerta.

Quería que Molina quedase atado al pequeño eslabón de una copa llena hasta los topes.

En la noche creció el rumor de las acequias que lamían las raíces de los árboles. Los motores rugían aún como ascuas agonizantes y todavía humeaban los radiadores. Las máquinas tenían algo de animal en descanso.

Y los camiones fueron partiendo uno tras otro, y las muchachas, azoradas, los veían alejarse.

Bajo los sauces soñolientos había más de treinta camiones. Las portezuelas abiertas para facilitar el regreso de los borrachos. Las vacas protestaban, topando sin freno contra los barro-

tes de las jaulas, y Elina y Angélica se entretenían en descubrir la fosforescencia de las pupilas bovinas. Bajaron a dar una vuelta en torno del vehículo, pero tuvieron que subir amedrentadas. Un desconocido se les acercó, tambaleante. Su bulto se agrandaba, arropado de sombras, con ese poncho negro que pesa en los hombros de los borrachos. Avanzaba con dificultad, apoyándose en los árboles.

Transcurridos unos minutos, la luz del boliche empujó al vaquero Benítez al oscuro callejón. Se oyeron sus pasos. De un salto estuvo junto al volante, y sin mediar palabra puso el motor en marcha y estallaron los cambios y se abrió el vértigo de la velocidad.

El tufo alcohólico se confundía con el olor a nafta y aceite quemados. Como empezó a llover y cerraron las ventanillas, la atmósfera se puso enrarecida, Elina, de rabo de ojo, exploró el rostro de Benítez. Una sonrisa hiriente tajeaba su boca. No se atrevía a verificar la borrachera del vaquero. Las dos hermanas tenían mirarle cara a cara.

* * *

Comenzó a llover con rabia. Los hilos de la garúa caían rectos, castigando la tiniebla. Ellas simulaban quitarle importancia al temporal.

—Estos viajes con lluvia, aunque ustedes no lo crean —dijo el vaquero—, son más peli-

grosos que volando en avión, con tormenta y todo. ¡Van a ver si miento!

La advertencia metió frío en las venas de Elina. La hirió su tono beligerante. Era un desafío. Ella había intentado decirle con la mirada que volvía a incurrir en mentiras y exageraciones. Esa era la respuesta.

—¿Y no tenés sueñito, ahora? —le preguntó con insolencia. —Ya que me tenés confianza podés seguir durmiendo... ¡Dormite, si te parece!

Una mirada punzante pasó por arriba de Elina hasta chocar con las pupilas azoradas de Angélica. La lluvia arreciaba. La cuenca casi vacía del río Tupungato juntaba agua como un animal sediento. Bordeaban la ribera vertical, trabajada por torrentes de tiempos inmemoriales. Los puños del vaquero sonaban en el volante con furiosos golpes.

—¡Me parece que vamos a tener baile...!
—¡Así les llamo yo a estas coleadas!

Elina sonrió apaciguadoramente. El camión se deslizaba en las curvas sacudiendo el inestable cargamento. Una de las vacas se despatarró y al quererse erguir daba coces violentas en el piso mojado y contra los travesaños de la jaula.

—Verán si se me fue la mano al contar alguna de las peripecias que pasamos los vaqueros. En este codo volcó el enano Domínguez. Un "mateo", como le decían los corredores del

"Gran Premio". Pero fue él que les enseñó a cortar por los atajos para sacar ventaja.

Sintióse animado para contar una historia, pero una maniobra difícil, una violenta coleada, lo enmudeció.

—¡Bah, esto no es nada! —dijo luego de salir del apuro—. En los túneles les va a parecer caer. Pero los pasaremos volando.

Y empezó a reírse, levantando la cabeza y bajándola en un sarcástico signo de afirmación.

Angélica, contagiada por su risa extraña, no pudo contenerse y echó a reír. Elina la miró, imponiéndole silencio. Oía claramente las palabras que su novio sustituía con gestos y risas burlonas.

—Yo no sé cómo has aguantado tantos viajes —dijo Elina para disminuir sus supuestas críticas—. Nunca se publican los accidentes y no hay semana que no caiga algún camión al precipicio.

Para Nicanor la reflexión sonó a falso. Angélica, inducida por la risa del vaquero, seguía infantilmente las peripecias del recorrido, apoyada al parabrisas. Elina enjugó el frío sudor de su frente.

—Dormite, dormite... ¿Por qué no te dormís? —repitió él—. ¡Según vos, no hay peligro! ¿No es cierto, Angélica?... Ella siempre ha dicho que yo exagero. ¡No hay peligro! Dígale que se duerma. ¡Ja, ja, ja...! Dormite...

Y parecía exagerar las curvas para fastidiarla y para reprocharle las mil veces que se había mostrado incrédula, que había desprestigiado sus condiciones de vaquero de la cordillera. Era su novia, pero resultaba su enconada enemiga. No le permitía deslumbrar con los riesgos de su oficio. No quería que contara la audacia de aquellos "raids" nocturnos. Ahora, con unos tragos de alcohol, veía más claro.

Manejó un trecho sin hacer comentarios. En los repechos, cuando se veía obligado a marchar a paso de hombre, miraba a las hermanas con una mueca agresiva, las manos firmes en el volante. Dijo rabiosamente:

—Aunque no lo creas, con lluvia hay más peligro que pasar los Andes en avión.

Elina bajó la cabeza y se echó a llorar. Su hermana pronunció una palabra cariñosa y entrecortada y le alcanzó el pañuelo. Nicanor no le dio importancia.

—No es nada... A veces, la altura hace llorar... ¡Los nervios, los nervios! Déjela... Se le pasará enseguida; déjela sola.

Pero en una curva Angélica, asustada por las convulsiones del llanto, le rogó que parase la marcha. Benítez plantó los frenos con todas sus fuerzas, como suelen hacerlo los hombres alcoholizados, resueltamente a fondo.

El camión patinó y deslizóse unos metros a la izquierda. Quedó clavado al borde de la carre-

tera. Los faros iluminaban el imponente muro rocoso. Angélica, preocupada por el estado de su hermana, no reparó en el peligro. Los sollozos de Elina y el tamborileo del agua se mezclaban al ruido del motor. Benítez encendió un cigarrillo y Angélica bajó el cristal de su lado para que entrase un poco de aire. Y fue al correrlo que se dio cuenta del accidente. Estaban al borde del abismo. Un relámpago iluminó el precipicio, donde serpenteaban rápidos de agua. Escasos palmos más afuera y habrían rodado como un alud.

Los faros taladraban la oscuridad. Angélica quería ver en los chorros de luz cables amarrados a la roca.

—¡No tenga miedo...! ¡No tenga miedo!
—El la tranquilizó. Y su mirada tenía tal calidez varonil que Angélica se sintió segura.

Las palabras del vaquero tuvieron una respuesta inesperada: el terror al vacío de las vacas, que se puso repentinamente de manifiesto. Habrían olfateado el peligro. La que estaba más cerca de Angélica, espantada, empezó a dar resoplidos con todo su instinto en juego. Como ante una llama que la quemase, intentó recular, deslizando sus pezuñas en la tabla mojada. El camión se movía de un lado a otro, como si el viento pudiese con él. La vaca sentía en sus ollares el profundo vacío y trasmitía el espanto a las restantes. Hasta que idéntico terror fué po-

sesionándose de Benítez, que no tardó en hacerse cargo de aquel cuento fantástico que no había contado aún. Conservaba el motor en marcha, temiendo que el agua lo parase. Tanteó en el acelerador, y luego, como los niños amedrentados que se alejan en puntas de pies, oprimió el otro pedal, puso la primera y trató de avanzar. Las ruedas giraban en el aire, patinaban en el barro. Una mirada a Angélica y sólo Elina quedaba ajena al peligro, recogida en su llanto nervioso.

Las vacas movíanse impacientes. Agrandaban el miedo. Benítez pensó en abandonar el camión, invitarlas a bajar y que sucediera lo que Dios quisiera... Pero su amor propio volvió a golpearle en la frente. No. Iba a salir del paso, sentíase animado por la mirada ilusionadora de Angélica. Ella, que le movía a construir historias, que le encendía la sangre, iba a iluminar sus pasos. Abrió la portezuela con sumo cuidado y se asomó, presionando apenas en el pedal del freno, para encender la luz roja de advertencia. Y el farolito trasero alcanzó a marcar claramente el borde del abismo. La rueda giraba en el canto del límite. "Las vacas —pensó— han de ver el abismo y por eso se muestran asustadas".

Cerró la portezuela con golpe seco. Tenía los cabellos y la frente mojados de sudor frío, de un agua fría y nocturna. Acababa de divisar el rostro de la muerte. Y Angélica, por vez pri-

mera, vió ese espectro pavoroso reflejado en las pupilas de Benítez. La sonrisa se hizo mueca. En los oídos del vaquero ya no cantaban las aventuras inverosímiles. La inspiradora proximidad de Angélica le dictaba una breve historia trágica. Se miraron por arriba del llanto de Elina. Uniéronse en una mirada de comprensión, de amor y de muerte. Las vacas pataleaban, desesperadas. Nadie podía detenerlas. Ambos temieron dar un paso en falso, hacer un solo movimiento que favoreciese la caída del camión. Y cuando Benítez se sintió cobarde e iba a descender con la mayor precaución, como si desembarcase en una orilla resbaladiza, las vacas dieron el golpe fatal. El peso de los tres animales, corrido hacia la trasera del camión, abrió el boquete a la muerte. Cayeron al abismo con estruendo de hierros, ruidos de maderas quebradas, mugidos de las vacas, gritos de mujeres y los raudales luminosos de los faros que alumbraban las rocas y los arbustos espectrales y se apagaron al llegar al río como una brasa que cae al agua. La lluvia cerró, con un rumor de responso, el terrible fragor.

Una vaca con las patas quebradas fué la primera vida en salvo que reaccionó. Estiró el pescuezo entre hierros retorcidos. Angélica percibió ese signo de vida, y durante un largo rato lo siguió como en sueños. No podía convencerse de que ella se hubiese salvado y que cada re-

lámpago le enseñase un nuevo trozo de vida o un dramático pedazo de muerte. Un minuto de ruidos y de desgarrados gritos, y al instante el rumor de la lluvia, el correr del agua, natural como miles de años atrás. De ningún lado una alarma, la más mínima sorpresa.

Angélica, tímidamente, descubría nuevas formas a medida que pasaban las horas. Una vaca, a pocos pasos, con la cabeza en alto. Los cuernos desafiantes en la tiniebla. Más allá, un bulto impreciso. Contra un peñasco, el camión, que reposaba con las cuatro ruedas inmóviles. No se atrevía a gritar porque temía llamar inútilmente a los muertos que la rodeaban. Benítez no daba señales de vida. Debía de estar tan muerto como su hermana, como las vacas, como ella misma, a fin de cuentas. No podía convenirse de hallarse con vida. Ella ya había muerto, y toda aquella confusión, aquel enjambre de hierros, aquel monstruo de tantas cabezas que era el accidente, no podía ser otra cosa que el recuerdo que tenía de él en la otra vida. Además, si estaban con vida, no se resolvía a aceptarla en el espantoso desastre. Cerró los ojos y apretó fuertemente los párpados para que los relámpagos la dejaran morir tranquila, sin ese vertiginoso llamado del mundo. Nada podía hacer, sola en el abismo, por los dos seres que la acompañaban. Nada más que dejarse morir, correr la misma suerte. Y esperó que la muerte la

tomase de una vez. La imaginaba ocupada en ultimar a los demás. Esperó que se aproximase. Ella no le opondría resistencia.

La lluvia le caía en la cara, le llenaba la boca. Yacía a diez o quince metros del camión, de cara al cielo. No tenía coraje para arrastrarse hasta los escombros y contemplar a la muerte, posada en los rostros de Elina y Nicanor. Ellas estarían bajo la jaula de ganado, contra la roca húmeda, ya descansando para siempre. Nicanor, pobre muchacho, allá arriba, rindiendo cuentas de su responsabilidad... Angélica se sintió morir, porque algo tibio le manaba del hombro... ¿Sangre? Apretó los ojos y se desvaneció.

El vaquero volvió en sí. Levantó lentamente la cabeza. Sintióse como oprimido por un bloque de granito. Se hallaba como a veinte metros del camión. Había sido expelido del asiento, milagrosamente ileso. Su primer impulso fué correr en auxilio de las hermanas.

¿Cuántas horas habían pasado? La noche opaca y torva. Tormentoso el cielo, tajeado de relámpagos.

Tropezó en una roca y cayó de bruces. ¡Qué pequeño golpe ante la catástrofe! No bien anduvo un trecho, se sorprendió al ver la enhiesta cabeza bovina, con los cuernos en alto como dos ramas secas, firmes en la tormenta. También Angélica había visto la espectral sobreviviente

con las patas quebradas que intentaba levantarse, picançada por los relámpagos.

Benítez caminó hasta el camión. Bajo una rueda yacía Elina, mutilada. Se agachó a verla. De terror se le paralizaron los miembros. Quiso arrancarse de los ojos la dolorosa visión, pero otro violento relámpago le indicó minuciosos detalles de la muerte.

El frío impedíale cerrar los ojos. Y en sus asombradas pupilas entraron, uno a uno, los pormenores de la catástrofe. Las vacas, muertas; la jaula, deshecha; tornasoladas manchas de aceite; el inútil movimiento de vaivén de una rueda; el capot, abriendo las alas como un pájaro herido. Lo grande y lo pequeño, el ínfimo detalle y la pesada muerte posada sobre Elina, aplastándola.

Dió con el cuerpo de Angélica. Había sido expulsada a varios metros y yacía boca arriba. Se precipitó sobre ella. La respiración era normal. Le temblaban las piernas. Cuando se acercó para observar su cara y verificar las heridas, Angélica levantó una mano y lo tomó por la solapa del abrigo, como si estuviese esperándolo. Se aferró a él con un manotón de ahogado. Luego, enderezándose, tosió. Tenía la boca llena de agua.

Una indecisa claridad que recortaba las cumbres permitióle ver el rostro despavorido de

la muchacha. Temió el reproche, la ira. Dijo, para salir del paso:

—¿Que se na necho? —Y prosiguió, respondiéndose a sí mismo. —¡Nada! ¡Nada...! ¡No tiene nada...! ¿A ver? ¿A ver...?

Le palpaba los hombros y la frente.

Angélica tiritaba. Se incorporó, sin ayuda. Se puso de rodillas sobre una peña, afirmándose con las manos en los bordes ásperos.

El vaquero la sostuvo en los brazos. El viento le impulsaba a cubrirla. Viento que traía el hálito helado de las cumbres nevadas.

—¿Y Elina? —preguntó Angélica—. ¡Elina! —gritó con desesperada voz al no obtener una inmediata respuesta.

Benítez puso en juego su imaginación. Tenía a Angélica en los brazos. El grito lo había estremecido como cuando de niño le despertaban para iniciar la jornada.

—Está a salvo... Está bien... Fué hasta el camino a buscar auxilio —explicó el vaquero con una seguridad que le sorprendió. —Espere-mos que aclare...

Ambos, guiados por idéntico instinto, levantaron la vista hasta el camino. En lo alto se distinguía muy confusamente la línea sinuosa de la carretera que daba vueltas y desaparecía tras una pétrea muralla. Los dos tuvieron sensación de abandono. El camino, después de prometer en los dos trazos aparentemente breves,

desaparecía, les daba la espalda. La claridad de la aurora perfilaba la cordillera y las altas nieves amenazaban deslizarse hacia el abismo.

El viento corría por el desfiladero, acelerando su paso. El vaquero vió la tormenta de nieve que se agrandaba a lo lejos, velando las rudas aristas de los peñascos, ensombreciendo el firmamento. Acudieron a su mente los fantasmas de tornados y aludes memorables.

El viento silbó en sus orejas.

—¡Venga, venga! —dijo Benítez uniendo la palabra a la acción de sacarla del lugar—. Vamos a meternos bajo el camión. Ya vendrán a auxiliarnos.

Pero tuvo que variar de propósito. Si se acercaba al vehículo, Angélica vería a su hermana muerta. Por un momento creyó que la muchacha la había visto. Un relámpago iluminó sus ropas destrozadas. Se colocó delante de ella y la miró, interrogante. La tormenta de nieve, la nieve que avanzaba, bañó de una lechosa claridad el rostro demacrado de Angélica. Y Benítez pudo darse cuenta de que ella ignoraba la muerte de su hermana.

Sin advertirle, la tomó por la cintura, pasó su brazo izquierdo a la altura de las pantorrillas y la cargó. En esa forma podía colocarla de manera que no viese el cuerpo de la muerta.

La nieve castigábale en la piel y mordía su

nuca. Angélica hundió la cara en el pecho hombruno y se abandonó a su suerte.

Cuando el vaquero iba a guarecerse entre los hierros del camión divisó los cuernos de la vaca viva, los ojos ardientes, el humeante morro en alto. No titubeó. Entre las patas del animal herido, o en la proximidad de su cuerpo, hallarían el único calor posible.

Y con su carga temblorosa cayó entre las patas de la vaca, de rodillas, como si ofrendase una vida al animal herido.

—¿Qué hace, Nicanor?... —preguntó ella con voz infantil, sorprendida de la maniobra.

—Aquí tendremos calor... cerca de la vaca... Se nos viene encima una tormenta. Ya otras veces me tocó vencer la nieve, y utilicé los animales.

Mentía, volvía a mentir.

La vaca trató en vano de evitarlos. Las cuatro patas quebradas le impedían moverse. Se quejó como un ser humano, clavándoles los ojos con una húmeda mirada.

Benítez sintió en la espalda el aliento tibio del animal. La nieve pasaba veloz, llevada por el viento, desordenada.

Habían caído en el extremo de un desfiladero. Inmensa boca abierta hacia las cumbres, por donde se colaba el blanco terror. Huir, trepar la cuesta y escalar la montaña era una insensatez. No le fué posible descubrir un hueco

para guarecerse, confundido en la lechosa entreluz de la aurora andina. Por momentos, grandes lampos reflejábanse en el acuoso espesor de la tormenta. Y al instante el horizonte visible se opacaba y entraban en una amarga tiniebla.

—¿Vendrán a buscarnos...? —preguntó Angélica, sin gran desesperación.

—¡Claro...! Cuando aclare nos hallarán, nos verán de allí arriba. Por aquella curva los veremos aparecer...

Angélica no entendía las palabras del vaquero. Se hallaba lejos de una clara reflexión. Aun zumbaban en sus oídos los ruidos de la caída. Cuando reaccionó, su primera extrañeza fué la ausencia de Elina.

—¿Pero, cómo?... ¿Y... Elina?... —preguntó, mirando en torno.

—¿No se lo dije?... Fué a buscar auxilio... ¡Tranquilícese!

Y ante el interrogante silencio de la muchacha, agregó:

—Yo no podía ir, con el pie quebrado... —mintió mirándose el miembro, que desde aquel instante inmovilizaría ex profeso.

A Angélica le castañeteaban los dientes. Nicanor tenía entre las suyas las manos yertas de la muchacha. Preguntó, y sin oír la respuesta, prosiguió:

—¿Le duele?... Qué volcada... ¿No? ¡Cómo nos hemos salvado! ¡Una suerte única!

Y miró hacia arriba. El camino ya se perfilaba a pesar de la tormenta de nieve. Un corte en el macizo, por donde esperaban ayuda.

Nicanor aprovechó para echar un vistazo a los restos del camión. Allí yacía Elina, en vecindad con las vacas restantes.

La nieve empezó a caer espesa al amainar el viento. En los silencios, los quejidos de la vaca dramatizaban la soledad. Angélica se separaba de su cuerpo tibio, como si temiese herirla. Nicanor la volvía a recostar, quitándole la nieve que se posaba en sus hombros.

Ella quiso hablar y no pudo. La vaca bajó su morro triste y lo juntó al suelo, como los perros en ocio. Poco a poco se desangraba por las cuatro patas rotas.

Benítez aguardaba el seguro regreso de sus compañeros, con los ojos fijos en el camino. Temió que con el frío se le paralizasen las mandíbulas. Miró a Angélica. Sus ojos entrecerrados, vidriosos, parecían espiar los movimientos del vaquero. La cara, amoratada, junto al cuerpo de la vaca, a la altura del vacío. El la veía oscilar, subir y bajar, a la par de la respiración del animal.

—¡Un rato, nada más!... Cuando regresen nos van a ver... Además, Elina...—. El nombre de la muerta se le trabó en la boca. Pero prosiguió, con lentitud—: Tienen que vernos de allá arriba... Ya me pasó otra vez lo mismo. Claro,

iba solo... Pero con más nieve... Esto no es nada.

La vaca alzó la cabeza e hizo un supremo esfuerzo para levantarse, y Angélica volvió a mostrarse preocupada.

—No, no se separe. Al contrario. No puede moverse porque tiene las cuatro patas quebradas. Recuéstese tranquila. Ella le dará calor.

Benítez vió la sangre que derramaban las patas. Por esas heridas se escapaba el calor.

A medida que el frío los iba venciendo bajaba la voz, y por consecuencia se aproximaba al oído de Angélica y procuraba proporcionarle tibieza con el aliento.

—Es cuestión de soportar un poco el frío. Menos mal que tenemos esta vaca. ¡Yo sé lo que es esto!... La otra vez estuve un día entero entre las patas de una vaca. Como un ternero...

Se sentía feliz pudiendo todavía inventar historias.

La nieve caía en copos menos ligeros. La claridad iluminaba los ojos entornados de la muchacha. El se le acercó más. En el inmenso páramo la sentía como el último refugio.

—La otra vez la vaca se me murió antes —dijo, con los dientes apretados—, porque sangraba... Esta no parece perder mucha sangre. Está calentita, ¿no? ¡Linda almohada!... Esto sucede a menudo en la cordillera... Pero todo se arregla.

Angélica le sonrió. Una sonrisa imperceptible, con una burbuja de luz entre los dientes. Hizo un gesto afirmativo y pegó la cara contra el cuero del animal. Cuero de ásperos pelos que en aquel trance le proporcionaba una suavidad sediciosa. Benítez corrió sus mejillas sobre la ruda superficie vacuna. Con los labios pegados a la oreja de Angélica y las manos unidas, observaba el lento sudario que bajaba por las laderas de la montaña. A pocos pasos se amontonaba la nieve, como si se acercase tímidamente a verlos agonizar.

—Respira —dijo el vaquero—. Nos ayuda, respira aún...

Angélica volvió a sonreír; sonreía al tormento del frío y no tenía fuerzas para evitarlo. Expresaba todo lo que sentía. Una creciente sonrisa más viva aún porque le hizo gracia el improvisado regazo. Ya no percibía el viento tornillando en los oídos. De un lado escuchaba las tibias palabras de Benítez, y del otro oía las pulsaciones del corazón de la vaca. Bajó los ojos a tierra y siguió el hilo de sangre que se deslizaba quemado por la nieve.

La visión de la sangre le produjo un leve vahído. Pero no abandonaba la sonrisa, sostenida por la ráfaga helada. Sentíase mecida por un leve vaivén. No podía gritar. Y quería gritar, tenía un grito de niña en la garganta. Un grito helado. Recordó los juegos infantiles, cuando la

subían a los columpios y la lanzaban al espacio. Era agradable sentirse así, como sumergida de pronto en la infancia. Y como desde un columpio infantil, protestó, le gritó a Benítez. El volvía a ser el niño travieso que la tomaba por las faldas, aprovechándose del ir y venir de las hamacas. Pero no oyó el grito fuera de su cuerpo. Más bien un eco apagado. La sonrisa se ahondó en sus mejillas. Benítez seguía diciéndole cosas, contándole mentiras infantiles y pellizcándola traviesamente. A las hamacas se acercan muchachos un poco mayores que cuentan tonterías y se aprovechan de los momentos difíciles de las chicas. Y a ella no le disgusta el juego. Simula enojo, para que él insista.

—Y esa vez . . . nos quedamos horas esperando . . . escondidos . . . escondidos . . .

Nicanor proseguía con el cuento.

Cuando dijo la palabra “escondidos” sintió por todo el cuerpo una apetitosa fruición. Estaban escondidos del mundo y de la nieve entre las patas de la vaca. Escondidos . . . Volvió a repetir la palabra que, al parecer, no disgustaba a la compañera de infortunio.

Tanto acercó la boca al oído de la muchacha que los labios se adueñaron de una tibia fracción de piel. En el pescuezo de Angélica, allí donde corría la sangre. Encima de una vena generosa que sube con toda el alma hasta la ca-

beza y que lleva lo de adentro a la frente, a los ojos, a la boca.

Era hermosa y provocativa. Siempre incitándole a la aventura, sin darse cuenta de a qué conducía esa pasión.

Benítez sintió que los dedos de su compañera se entrelazaban a los suyos, hasta tocarse los huesos de las falanjes. Y las piernas paralizadas, desaparecidas. Se las miró como cosa extraña. Reposaban sobre un gran charco de sangre. Sangre dura, helada, de la vaca, que iba poco a poco dejando caer la cabeza, desagotándose.

La frente de Angélica subía y bajaba, cada vez más lentamente. La respiración del animal agonizante se tornaba penosa. Un enorme fuelle descompuesto. Grandes copos de nieve adornaban el lomo de la vaca.

Angélica soñaba mecida por un lento columpio. Niñas de blanco, pequeñas niñas esnobaban turno en torno a las hamacas. Delantales blancos de colegiales, pulcros, almidonados. Pero ella no pensaba ofrecerles su sitio, a pesar de la insistencia de las niñas. En el ir y venir sentía que la sangre se le escapaba del cuerpo y que el aire acariciaba sus muslos por debajo de las faldas. Cada vez que perdía impulso alguien, un desconocido, se acercaba a besarla en la nuca y la despedía con un gran enviñón. Y otra vez por el aire, lejos de los niños de blanco, que se multiplicaban velozmente.

La nieve cubría los miembros de Angélica. Benítez observaba el lento crecimiento de los copos. Y sonreía y la besaba en la oreja. Un beso tímido, un beso que caía como los pájaros en la nieve. Un beso que no era posible levantar. Casi un suspiro.

Unas pocas palabras. Todas mentidas, carentes de realidad, totalmente inventadas. . . No era cierto que la vaca seguía viviendo. La vaca había muerto al promediar la tarde. Es decir, dejó de respirar, pero recién al desaparecer el resplandor del sol tras la última cumbre, la muerte se adueñó de aquel montón de carne. Hasta entonces, el vaquero la había sentido tibia y maternal. Después resaltaron el cuero, los tendones y los huesos. Se fué concentrando, tanto, que la nieve se sintió incómoda sobre el filo del lomo y se deslizó como una lágrima.

Angélica sonreía con los parpados entreabiertos. Sonreía a los niños. Enanitos con sus delantales blancos, esperaban que ella bajase del columpio. Y Angélica bajó del columpio, coqueteando al muchacho que la miraba desde la empalizada. No le temía, y eso que sospechaba la intención picaresca de sorprender sus muslos al descubierto cuando se separase del balancín. Angélica bajó del columpio y cavó dormida. Criatura en el regazo de una nodriza. Una flor blanca le brotó entre los dientes. Como un jazmín, para los ojos de Benítez.

Pero Nicanor no alcanzó a verlo. Estaba preparando la última mentira y reía, reía a mandíbula batiente de su próxima historia. En forma tan violenta y exaltada, que dió dos saltos alocados, con tan mala suerte que se golpeó la boca en las piedras nevadas. Quedó inmóvil, yerto.

Y no pudo saber, antes de irse, qué nueva mentira le inspiraba Angélica, a qué invención extraña a su natural discreción le obligaban aquellos 15 años en apretado racimo.

Datos recogidos en Uspallata 1943

I N D I C E

	Pág.
LOS PAJAROS Y LOS HOMBRES	5
Palomas	7
Ratoneras (Tacuaritas)	17
Mixtos	27
Gorriones	39
Carpinteros	45
Calandrias	57
Horneros	69
Teros	79
Tordos	85
Los chingolos	91
EL MAYORAL	97
VAQUERO DE LA CORDILLERA	123

Este libro se terminó de
imprimir, el día 10 de
Julio de 1960, en los taller-
es gráficos de Galería
Libertad, Pte. Berro 2609
Montevideo